

# Latinoamérica

# cuenta 2020

Latinoamérica cuenta, 2020 es un libro único dentro de esta colección, a diferencia de los anteriores no se concentra en un solo país: presenta una correspondencia entre poetas de distintas nacionalidades latinoamericanas en el marco de la actual pandemia. Desde el corazón, y compuesto por historias de la vida cotidiana, va tejiendo una red de palabras que, como abrazos, hablan de esta parte del mundo.

El primero le escribe al segundo, el segundo al tercero y así hasta regresar al punto de partida. A cada uno le llegó su momento para expresarse y algunos retomaron fragmentos de los otros; algo así como una reunión donde todos participan por igual y el único protagonista es la conversación que acerca, que une.

Diez cartas que viajan a diez países donde está el Grupo SURA. Ojalá pronto y por iniciativa de los lectores esta correspondencia se multiplique y dé cuenta de una región reconocida por su hermandad.









# Latinoamérica

cuenta 2020



# Rómulo Bustos (Colombia)

Frank Báez (República Dominicana) · Sara Uribe (México)
Gladys González (Chile) · Otoniel Guevara (El Salvador)
Consuelo Tomás (Panamá) · Laura Liuzzi (Brasil)
Luis Bravo (Uruguay) · Renato Sandoval (Perú)
Roberta Iannamico (Argentina)

Ilustraciones de Amalia Restrepo Aguirre

## Latinoamérica cuenta, 2020

© 2020, del texto: Consuelo Tomás Fitzgerald, Francisco Leonardo Báez Rosario (Frank Báez), Gladys González Solís, Laura de Sá Lessa Liuzzi Guimarães, Luis Bravo Galassi, Otoniel Guevara Quezada, Renato Sandoval Bacigalupo, Roberta Flavia Rosa Iannamico, Rómulo Bustos Aguirre, Sara Uribe Sánchez

© 2020, de la ilustración: Amalia Restrepo Aguirre

© 2020, de esta edición: Grupo de Inversiones Suramericana S. A., Grupo SURA

#### Autores:

Consuelo Tomás Fitzgerald
Francisco Leonardo Báez Rosario (Frank Báez)
Gladys González Solís
Laura de Sá Lessa Liuzzi Guimarães
Luis Bravo Galassi
Otoniel Guevara Quezada
Renato Sandoval Bacigalupo
Roberta Flavia Rosa Iannamico
Rómulo Bustos Aguirre
Sara Uribe Sánchez

Ilustradora: Amalia Restrepo Aguirre Traducción del portugués: Jerónimo Pizarro (Carta de Laura Liuzzi, Brasil) Asesoría literaria, edición y diseño: Tragaluz editores Impresión: Marquillas S. A.

ISBN 978-958

Primera edición, noviembre de 2020 Impreso en Colombia - *Printed in* Colombia

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

# Gonzalo Alberto Pérez Rojas Presidente de Grupo SURA

# Juana Francisca Llano Cadavid Presidente de Suramericana

# Ignacio Calle Cuartas Presidente de SURA Asset Management

### Comité Cultural:

Carlos Arturo Fernández Juan Luis Mejía Arango Juliana Restrepo Tirado Jenniffer Murillo Mendoza Mónica Guarín Montoya Ricardo Jaramillo Mejía

## Contenido

- 11 -

Carta de **Rómulo Bustos** (Colombia) a **Frank Báez** (República Dominicana)

- 25 -

Carta de **Frank Báez** (*República Dominicana*) a **Sara Uribe** (*México*)

- 41 -

Carta de **Sara Uribe** (*México*) a **Gladys González** (*Chile*)

- 59 -

Carta de **Gladys González** (Chile) a **Otoniel Guevara** (El Salvador)

- 71 -

Carta de **Otoniel Guevara** (El Salvador) a **Consuelo Tomás** (Panamá)

- 81 -

Carta de **Consuelo Tomás** (*Panamá*) a **Laura Liuzzi** (*Brasil*) Carta de **Laura Liuzzi** (Brasil) a **Luis Bravo** (Uruguay)

- 101 -

Carta de **Luis Bravo** (*Uruguay*) a **Renato Sandoval** (*Perú*)

- 113 -

Carta de **Renato Sandoval** (*Perú*) a **Roberta Iannamico** (*Argentina*)

- 125 -

Carta de **Roberta Iannamico** (Argentina) a **Rómulo Bustos** (Colombia)

- 135 -

La ilustradora Amalia Restrepo Aguirre

## Presentación

Que esta publicación se construyera durante la pandemia no es un dato más. El momento histórico merecía un replanteamiento de ese libro, que año tras año regalamos, y una especie de paréntesis en la colección.

Latinoamérica cuenta narró a Argentina en 2017, a México en 2018, a Colombia en 2019 y este año decidimos reunir voces de todos los países en los que el Grupo SURA está presente. Convocamos a diez poetas que, en una correspondencia encadenada, nos relatan vivencias y emociones en medio de la realidad a la que nos ha sometido la covid-19.

A través de cartas enviadas por correo electrónico propiciamos un encuentro, una comunicación; unos se conocían entre ellos, otros se querían conocer. Pocas cosas emocionan más que una misiva: su tono cálido y sincero hace que nos sintamos cerca y, mediante palabras, tengamos un poco de ese otro que puede ser nuestro amor, amigo, colega o que puede llegar a serlo.

Ahora, más que antes, al sentirnos solos y tristes por la lejanía de seres queridos, es necesaria la solidaridad que tal vez empieza con acercarnos desde lo sencillo y compartir, por ejemplo, estos textos que combinan por medio de la poesía reflexiones personales e íntimas que propician la búsqueda de un equilibrio emocional.

Es importante la poesía en tiempos difíciles –han dicho muchos– y aquí alcanzamos a sentirlo. Estas palabras llegan como bálsamo, pasan de lo coloquial a lo formal, de lo erudito a lo cotidiano y nos recuerdan que somos todos igualmente humanos.

Nos hemos inventado esta publicación y soñamos con el día en que se haga realidad el encuentro presencial de estos poetas, que es también el reencuentro de estos países latinoamericanos. Y esperamos que la lectura sea para ustedes una grata experiencia en este año que, sin duda, nos ha transformado, ojalá en mejores personas.

# Latinoamérica

cuenta 2020

# Carta de **Rómulo Bustos**(Colombia)

a farming the same of the same

a Frank Báez (República Dominicana)





## Rómulo Bustos Aguirre

Nació en Santa Catalina de Alejandría en 1954. Es doctor en Ciencias de las Religiones de la Universidad Complutense de Madrid y magíster en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo. Fue ganador del Premio Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura de Colombia (2019), el Premio de Poesía Blas de Otero (2010), el Premio Ausiàs March de poesía (2007) y el Premio Nacional de Poesía de Colcultura (1993). Ha publicado, entre otros, los poemarios *El oscuro sello de Dios* (1988), *En el traspatio del cielo* (1993), *Sacrificiales* (2004), *Muerte y levitación de la ballena* (2010), *La pupila incesante* (obra reunida, 2016) y *De moscas y de ángeles* (antología, 2018).

## CINCO POSTALES PARA FRANK BÁEZ

## El barrilete o la caña de pescar

...y los comensales pasen a ocupar el centro de la mesa el privilegiado lugar de los comidos He aquí a justa furia del cordero.

Martha Madrid, que ha escuchado el poema mío –en circulación en redes– me pregunta apocalíptica por WhatsApp si no creo, que tal como van las cosas no estamos ya bajo «la furia del cordero».

Miro a través de la celosía, que ahora tiene algo de barrotes de prisión.

Desde Múnich, Díaz-Jiménez acaba de contarme que los niños de ciertas aldeas de Indonesia y de la isla de Guam elevan sus barriletes no para jugar, sino como mortíferas cañas de pescar. Cazan, al vuelo, enormes murciélagos, que luego van a parar a alguna deliciosa cazuela. La «carnada» pende de la cola de los barriletes: trozos de frutas.

Imagino el anzuelo destrozando la boca del animal. Imagino los dedos de los niños cobrando o soltando con destreza el sedal para enganchar ese extraño pez del aire, el zorro volador.

Le contesto a Martha que sí, pero que quizás sea más preciso hablar de la furia del *Pteropus mariannus*. Ella no entiende. Yo tampoco acabo de entender, amigo Báez. Díaz-Jiménez aún no supera los estragos de los llamados «coletazos». Anoche tuvo un ataque de pánico. Pero Samuel Serrano, en Madrid, solo padeció un *resfriadinho* –como diría Bolsonaro–, que no le alcanzó a estropear su viaje de verano a Galicia.

Un par de cuadras más allá un vendedor de limones empuja una carretilla. El pregón se alcanza a escuchar. Las calles solas parecen reverberar. Un poco más acá, una pareja de venecos deambulan por la avenida con sus aparejos de limpieza colgando de la mano. Esperan el milagro de la aparición de vehículos.

«La maldita circunstancia del covid por todas partes», parodio el tajante verso inicial de *La isla en peso*.

Te escribo esta postal desde la Isla Encallada como gustaba nombrar a Cartagena de Indias nuestro amigo Alberto Abello. La Cangrejera, prefería llamarla Roberto Burgos, con lúcida ironía.

Hoy es veinticinco de julio, el día sin tiempo de los mayas. Día propicio para amistarse con los animales. ¿O será que ya no hay vuelta atrás para el animal humano y estamos al borde de la extinción como el *Pteropus mariannus*, y por ese desopilante sentido del humor de la naturaleza se invertirá el juego y el predador acabará cazado por la presa? ¿Como un insólito uroboros una viruta de vida se tragará al soberbio mamífero colocado en la cima de la cadena alimenticia?

Así como en el pasado los teólogos de Bizancio discutían sobre el sexo de los ángeles mientras los muros de Constantinopla se derrumbaban, los nuevos teólogos de la ciencia se preguntan si el virus es un organismo vivo o no. La naturaleza no se ocupa de bizantinismos, por supuesto. Sabe, pero calla. A fin de cuentas el silencio es el lenguaje del Misterio.

Espero que esta postal no encalle en algún pliegue del no tiempo, Báez.

Isla Encallada, 25 de julio de 2020.

\* \* \*

### Madre cumple cien años

La madre atiza el día y suelta los olores. En la mesa como las cuatro patas de un animal manso las hojas del bijao abren su fruta humeante. Desayuna el mundo.

Madre cumplirá cien años el próximo quince de marzo. Estamos a un mes y aún no ha entrado en escena el desorden que traerá consigo la apocalíptica viruta. Madre está muy ilusionada con el festejo. Ocho hijos, veintiséis nietos, treinta y dos bisnietos, ocho tataranietos. No es para menos. Vendrán los hijos que están esparcidos por el país con sus familias. El tercero de ellos de Panamá, de donde es oriunda, y la menor vendrá

desde el sur de Italia donde reside desde hace poco menos de un año. Canta con frecuencia. Siempre ha cantado la madre. La recuerdo enhebrando tangos y boleros mientras lavaba la ropa de sus ocho hijos en la batea. El festejo familiar se realizará en un centro de eventos cercano. Los más pequeños realizarán un número coral. Yo leeré algunos de mis poemas que giran alrededor de la figura materna y la casa familiar en la ya lejana Santa Catalina de Alejandría. La hermana menor entonará un par de canciones acompañada al piano. La perplejidad ante lo que ya ha comenzado a ocurrir en el mundo comienza a romper costuras con la alarmante información que me da mi hermana de que tendría que hacer escala en Milán y luego en Madrid, ciudades que ya son focos de la pandemia. La fiesta se cae como fichas de dominó. Mi hermana y Pier Paolo, con sentido común, desisten del viaje. Se impone hacer un círculo de seguridad alrededor de la madre. A regañadientes los panameños aceptan aplazar el viaje. Igualmente los procedentes de otras ciudades. Hasta ese momento nadie parecía tener claro lo que estaba ocurriendo ni sus implicaciones. Todo se reduciría, pues, a los familiares residentes en Cartagena. Pero ¿cómo se manejarían los rituales de saludo y distancia adecuada con tantos muchachos moviéndose por ahí? Finalmente, todo se reduce a la hermana mayor y los cinco nietos que habitan en cercanía. Madre apaga las velas acompañada, a tres metros de distancia, por el mínimo círculo familiar; alguno en la terraza, la puerta de entrada entreabierta. Madre aún no comprende lo que ha pasado. No sabe exactamente si ya cumplió sus cien años o todavía no. A veces se confunde y vuelve a contar los días que faltan para el quince de marzo. Mientras tanto sigue cantando «panameña, panameña, vida mía...».

Isla Encallada, 29 de julio de 2020.

\* \* \*

#### La otra fiesta

Mientras esa pieza del álbum siga girando
día tras día,
convirtiendo en música cada ruido de mi cuerpo,
dando de beber en un mismo cuenco
a los oscuros animales
que se disputan mi alma
no merecerá el mundo el fin del mundo.

Desde esa fecha hasta ahora se han celebrado once cumpleaños familiares en pantalla. Y maratónicamente yo he realizado otros tantos, o más, encuentros virtuales en torno a la poesía, en donde resulta inevitable la pregunta: ¿Qué puede hacer la poesía por el hombre en estas impredecibles circunstancias? Y yo respondo: «lo que ha hecho y sigue haciendo mi madre: cantar. Lo que ha hecho siempre la poesía: cantar. Así lo entendió Orfeo, por eso cogió su acordeón y bajó al infierno cantando. Y aún sigue allí, es decir, aquí porque –ya lo decía Montejonosotros somos el infierno».

Mi madre cantó cuando una vez llegados a la ciudad –en un deus ex machina al revés– mi padre se esfumó de la escena. Nunca dejó de cantar tangos y boleros mientras hacía los oficios de la casa. A mi modo, yo la acompañaba también cantando. La vecina me decía «el traganíquel». Como ahora, cuando cada tarde, luego de desocuparme de los asuntos con mis estudiantes de la universidad, nos ponemos a recordar y cantar canciones de su juventud. Solo que antes yo colgaba de su brazo, ahora ella cuelga del mío.

Cuando de modo desconcertante comenzaron a aparecer en la tarima de los medios las declaraciones de Byung-Chul Han, Slavoj Žižek o Paul Beatriz Preciado... experimenté un gozoso estupor. Pero todo esto fue una bengala. Pronto retornaron a primer plano la pasarela política, el *glamour* de las *stars* ahora con mascarillas de marca, aconsejando quedarse en casa desde lujosos yates y mansiones.

Inventar una fiesta fue una reacción defensiva. Una infinita fiesta en solitario donde yo era el picotero, la canción, el bailante y la pista de baile. La canción para iniciar esa fiesta no podía ser otra: *Dile a Catalina* en la imposible interpretación de Bebo Valdés y Cachao. Se desgrana el piano de Bebo como una mazorca de luz. El arduo contrabajo de Cachao

derrama su presencia sacramental. ¿Es Cachao realmente o Juan Sebastián Bach digitando el teclado del Caribe?

Yo amago algunos pasos de baile.

Mi madre acompaña con palmas y ríe «Lo que dirían tus alumnos si te vieran».

Mientras realizaba, con más buena voluntad que habilidad, las ocupaciones domésticas, se iban deslizando cada día esas piezas lejanas que había escuchado de muchacho o niño en barriadas populares de la Cartagena. Recordé la primera vez que escuché la música endiablada de la ciudad. Venía desde el picó de alguno de los pretiles altos de las Veinticuatro Accesorias. Todas las tardes de viernes, sábados y domingos. Rítmica y endiablada. Después supe que era la salsa. Allí contemplé por primera vez a la muchacha que baila bajo el sol de las cuatro, extática en mitad de la calle con los pies descalzos y los ojos cerrados. Bertica se llama. «¿Por qué cierras los ojos cuando bailas?» —me atreví una vez a preguntarle—. Sonaba la increíble Descarga chihuahua, ¿cómo olvidarlo? Mucho más tarde, Bertica se iría a vivir a un poema mío. Y allí sigue espumando su música entre las páginas.

Isla Encallada, 2 de agosto de 2020.

\* \* \*

### Un recuerdo de la hermana mayor

Mi hermana –siempre compasiva, siempre benévola– cree que la poesía está más cerca de esa extraña pelota de colores que todas las focas del mundo llevan sobre el hocico.

Así, mientras por WhatsApp me llegaban en cascada efímeros videos y coronamemes, yo les regalaba, de vuelta, a los amigos, instantes de prodigio –absolutos, inmunes al tiempo– de la música del Caribe: lanovenasinfoníaantillana o Cuban jam session de Julio Gutiérrez, para De Dios; los pedigüeños surtidores de Cuatro pesos, para Machado; el asombroso serpenteo melódico de La mulatona, para Báez; la delicada urdimbre de Fiesta de negritos, para Pilar, y el rotundo y sensual evangelio de Aquí hay un hombre gozando, para Efraím Medina.

Algunos amigos se sumaron a la fiesta enviándome sus preferencias. Me recordaban el olvido en que estaba dejando el violín. Me sugerían otras. Me reclamaban la ausencia de Benny Moré o el Gran Combo. Fon reviró con *Sonido bestial*. Jursich me reveló el simpático y bífido Pérez Prado de *Venezuela twist*...

De pronto descubrí que estaba tornando a jugar mi juego favorito de la infancia: el juego de la Fiesta. Marcábamos con tiza el territorio festivo. Distribuíamos los roles: danzantes, dueño de la fiesta, picotero. El mío era inmovible: yo era el picó, el encargado de cantar, de producir la música. El picotero maniobraba la imaginaria aguja, ponía el disco y yo cantaba e imitaba los sonidos de los instrumentos. Los danzantes podían pedir complacencias e intercambiar pareja, los mirones podían entrar a la fiesta pidiendo *un barato*.

Solo había dos picós en el pueblo: el de Joche y el de Alta Fidelidad. Tenían diferentes repertorios. Lo primero que debía decidir el picotero era si yo era el picó de Joche o el de Alta. Era otra música, más amarrada al ojo de agua vernácula, lo que aquí fluía: el movimiento juguetón de la guaracha, el gozo montuno de los Corraleros de Majagual, el desvertebramiento jazzístico y la jubilosa plegaria corporal del porro.

Misterios gozosos de la música.

El juego de la memoria busca vuelo, raíz. Se desplaza más abajo, a lo que acaso sea mi primer recuerdo.

La hermana mayor me tiene en su regazo. En la radio suena alguna canción. La música me invade y comienza a brotar de mi boca. El borboteo infantil sigue el compás de la canción. «Mamá, mamá: el niño está cantando». Yo primero canté y luego hablé. Primero bailé y luego caminé. Eso cuenta la zaga familiar.

En verdad, es un recuerdo de la hermana mayor. Un recuerdo custodiado por la hermana mayor. Confiado a mí con el encargo de que no lo olvidara. Guardarlo como un talismán. Como un conjuro, para cuando la vida. Y eso he hecho, Báez, en estas postales: no olvidarlo.

Misterios dolorosos de la música.

«Aprendemos el agua de la sed / [...] y la paz del recuento de las batallas».

Eso dijiste trágica, dulcemente, Emily.

Sufrir el sufrimiento para transmutarlo en música. He aquí el misterio de la poesía. Sufrir para luego poder expulsar muy desde adentro, como un vómito, el voluntarioso «quiero es cantar», del personaje de Roberto.

Solo Satán puede cantar el Reino, restituirlo, porque lo ha perdido. Solo Orfeo después de su katábasis. Solo de la ruina puede surgir la más hospitalaria alegría. Solo después de superar la esquizofrenia de creerse el Todo, el fragmento desgajado puede cantar su completud. La necesaria amistad con el Todo, el humilde aprendizaje de saber hacer parte. Porque la naturaleza no tiene puertas, como declara la piedra parlante de Szymborska, es el hombre quien construye las puertas. Luego corre los cerrojos y queda afuera, penando el pobrecito.

«Quiero es cantar».

Aún ignoro si soy el picó de Joche o el de Alta.

Isla Encallada, 5 de agosto de 2020.

\* \* \*

### Bailar con las trompetas del apocalipsis

¿Has visto alguna vez esas parejas de bailarines extáticos suspendidos en la música fuerte de los pick-ups de barriada tan juntos y como clavados unos en otros que parece que se estuvieran amando de pie?

«Tu Fiesta –me había comentado mi amigo el historiador Javier Ortiz, luego de haber escuchado las alucinantes trompetas de otro mundo del Negro Vivar en *A la loma de Belén* que le acababa de enviar— es una comprobación del sentido antiapocalíptico de la cultura Caribe que propone Benítez Rojo...» y me recordó la famosa cita contenida en el libro *La isla que se repite:* 

Dos negras viejas pasaron "de cierta manera" bajo mi balcón [...] había un polvillo dorado y antiguo entre sus piernas nudosas, un olor de albahaca y yerbabuena en sus vestidos, una sabiduría doméstica, casi culinaria en sus gestos y en su cháchara. Entonces supe que no habría apocalipsis. Esto es: las espadas y los arcángeles y las trompetas y las bestias y la ruptura del séptimo sello no iban a ocurrir por la sencilla razón de que el Caribe no es un mundo apocalíptico.

No pretenderé convertir en dogma o fórmula esta epifanía de Benítez Rojo. Pero, sin duda, irradia en esta imagen un fondo de verdad. Ese fondo antiapocalíptico es el *guarrú* de la historia del Caribe sometido a tantas tragedias desde sus orígenes. *Guarrú* o lo que yo suelo nombrar como el *remanente órfico*, el sedimento poético de nuestra cultura popular, capaz de exorcizar en risa o en baile cualquier violencia.

Una semana más tarde Javier publicará una columna a propósito de la covid-19, cuyo título he hurtado para marcar esta última postal. Aquí retorna la epifanía, dramática, hermosamente reescrita en clave de pandemia, ya no en La Habana sino en Cartagena de Indias:

...un hombre negro, alto y delgado, rompió el silencio de una mañana [...] con un pregón afinado, pero sin muchas pretensiones: ofrecía diez limones por \$2000. [...] No perdía el ritmo. Uno podía medirle el tiempo entre un pregón y otro [...], "entonces supe" que pedirles que se reinventen a los que toda la vida la miseria los ha obligado a reinventarse a diario es una completa estupidez. Cuando las trompetas del apocalipsis suenen, harán lo que deben hacer: bailar.

No otra cosa es lo que ha estado haciendo el pobrerío cartagenero al soplo de sus orishas desde que se desató la pesadilla. La pesadilla no tanto del covid sino del desamparo social que este desvela. Ponerles ritmo a sus menesterosos pregones, música a la indigencia, baile a la indiferencia, a la vampirización endémica de nuestras élites. Eso que algunos perversamente han dado en llamar «indisciplina social». Este ha sido el único antivirus de siempre. Este y haber tomado suficiente dosis de guarapo en el mercado de Bazurto. Guarapo, «raspao» y huevos de iguana en el más pestilente y mojado de los «mercados mojados» del mundo.

Isla Encallada, 7 de agosto de 2020.

Carta de

# Frank Báez

(República Dominicana)



a Sara Uribe





## Frank Báez

Nació en Santo Domingo en 1978. Ha publicado seis poemarios, un libro de cuentos y dos libros de no ficción. En 2017 integró la lista *Bogotá39*, por ser considerado como uno de los mejores escritores menores de cuarenta años de Latinoamérica. En 2006 obtuvo el Premio de Cuento Joven de la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo, por su colección *Págales tú a los psicoanalistas*. En 2009, su libro *Postales* fue ganador del Premio Anual de Poesía Salomé Ureña. Es editor de la revista *Global*.

### LAS SIETE PLAGAS

Estimada Sara, estoy escribiéndote desde la habitación donde pasé mi adolescencia y a la que he vuelto durante esta pandemia para cuidar a mi madre. Me hallo en la parte oeste de Santo Domingo, en el segundo piso de un edificio construido a finales de los ochenta, mirando por la ventana la lluvia que cae a cántaros. Hoy llega la tormenta Laura al país y en los edificios contiguos hay una serenidad y una quietud sospechosas. Esto parece contradecir una cita que recoge el poeta Rómulo Bustos en la carta que me envió, una del historiador Javier Ortiz, que se refiere a los pobres de Cartagena de Indias del siguiente modo: «Cuando las trompetas del apocalipsis suenen, harán lo que deben hacer: bailar».

Aquí ahora mismo nadie tiene ganas de bailar. O tal vez ya las trompetas del apocalipsis han sonado demasiado y ya tenemos las caderas estropeadas. Imagínate, a la fecha hemos enfrentado las siguientes plagas: la pandemia del coronavirus, el clerén, el humo tóxico, el polvo del Sahara, el huracán Gonzalo y la tormenta Laura. Tan solo nos falta una más para completar las siete plagas bíblicas.

Supe del coronavirus en el 2019 cuando se reportaron los primeros casos en la ciudad de Wuhan en China. Al principio, imaginaba que el virus sería controlado a las pocas semanas, que correría la misma suerte que el SARS y que nunca llegaría al Caribe. A finales de febrero el Ministerio de Salud Pública anunció nuestro primer caso: un ciudadano italiano de sesenta y dos años que había venido a vacacionar al país. A medida que pasaban las semanas los contagios de la covid-19 se fueron incrementando y también las muertes. Uno de los detalles más curiosos es que al principio las cifras de muertes por el virus competían con la de los fallecidos por el clerén. Me imagino que no conoces el clerén. Así que ahí te va una explicación: el clerén es una bebida casera producida en la isla que no tiene registro sanitario, que se elabora con metanol y que se consigue normalmente en los pueblos fronterizos. Al parecer, durante la pandemia ha sido tanta su ingesta que a la fecha la bebida le ha costado la vida a más de ciento treinta personas.

Pero volvamos al coronavirus. A pesar del aumento de los contagios y de las muertes, seguía percibiendo el virus como algo lejano. Supongo que comprendí la gravedad de la enfermedad inmediatamente me enteré de que la diseñadora dominicana Jenny Polanco estaba contagiada. La última salida que mi novia y yo hicimos fue a una exposición de arte a la que la diseñadora asistió. Al presentar síntomas, Jenny Polanco responsablemente llamó a los medios de comunicación para referirse a su condición. Recuerdo que al oírla pensé en la posibilidad de que mi novia y yo

nos hubiésemos infectado en dicha exposición. Ya te debes imaginar la histeria: cada minuto nos tocábamos la frente y el cuello a ver si teníamos fiebre, o corríamos a oler vinagre para descartar que tuviésemos anosmia. No obstante, al pasar los días y no darnos fiebre ni dificultades respiratorias, nos calmamos. Pero eso no duró mucho, una tarde un desaprensivo grabó un vídeo que mostraba cómo a Jenny Polanco la sacaban de su apartamento en camilla y la subían a una ambulancia. A los pocos días de que la internaran el ministro de Salud anunció que la diseñadora había fallecido. Fue en ese momento que las víctimas del virus dejaron de ser ajenas y foráneas y pude ponerle el rostro de alguien conocido.

También fue el momento que comprendí que debía restringir mis salidas, extremar las medidas de precaución y cuidar a la persona más vulnerable que conozco: mi madre.

\* \* \*

Así que vine a este apartamento a cuidar a mi madre. Anteriormente, mi hermana se estaba quedando con ella, hasta que consiguió empleo en la última película de M. Night Shyamalan que rodarían en el norte de la isla. Con mi hermana resultaba fácil tratar a mi madre, ya que cuando ella se cansaba yo me hacía cargo, y viceversa. Pero sin mi

hermana, esos insultos que mi madre repartía entre ambos, ahora recaían todos sobre mí. Aun así, en esos primeros días de confinamiento, el cambio de humor de mi madre era lo que menos me preocupaba. A mí lo que me mortificaba era la incertidumbre, la duda y el haber comprobado que nadie comprendía lo que estaba pasando en el planeta. Por ejemplo, la oms, el lunes anunciaba una cosa, el miércoles la desmentía y el viernes volvía a rectificar lo dicho el lunes. Yo no paraba de leer artículos, de ver videos y de compartir impresiones con mis contactos de WhatsApp. De las veinticuatro horas del día me pasaba la mitad leyendo noticias, cayendo en los clickbaits y recibiendo el bombardeo de memes, videos y fotos. Poco a poco fui comprendiendo que si continuaba así me volvería loco. Mi novia me recomendó que apagara el celular, que no viera noticias y me ocupara. Me explicó que ante esa crisis económica que se nos venía encima necesitábamos ahorrar y generar ingresos. Así que esa misma energía que empleé en averiguar datos sobre el coronavirus la utilicé para trabajar.

En ocasiones, cuando paraba de teclear, alzaba la cabeza para mirar por la ventana y notaba que ya había anochecido. Mis días parecían estrecharse del mismo modo que el espacio en que me movía. Las raras veces que salía al exterior me ponía mi mascarilla N95, unas gafas y cargaba conmigo un desinfectante con el que rociaba cada quince minutos mis manos. No duraba mucho tiempo en los

sitios. Si iba, por ejemplo, al supermercado ponía el cronómetro del celular en cuenta regresiva, marcaba diez minutos que según un epidemiólogo es lo máximo que uno debe durar en un local con aire acondicionado e iba llenando el carrito, a toda velocidad, como en los concursos televisivos de mi infancia, antes de que se me agotara el tiempo.

En cuanto a la poesía, inmediatamente terminaba la retahíla de trabajos me ponía a escribir. Sin embargo, nada de lo que escribía me satisfacía. Mi novia achacaba esa insatisfacción a que ya había escrito del caos, de la muerte y del apocalipsis en *Llegó el fin del mundo a mi barrio*, un poemario que publiqué el año pasado en España.

«La realidad está copiando tus poemas», me escribió por WhatsApp.

No era la única que lo creía. Varios amigos tomaron el título de mi libro para anunciar en sus redes sociales que el coronavirus había llegado a su barrio. La poeta Radna Fabias tradujo varios poemas de dicho libro al neerlandés y los publicó en un suplemento de Ámsterdam que abordaba el tema de la pandemia. También muchos lectores postearon poemas y los comparaban con lo que pasaba en las calles. Por ejemplo, postearon con frecuencia el poema veintiocho del libro, que transcribo a continuación, y que relacionaron con la gente que se negaba a mantener la distancia social y a usar la mascarilla:

Llegó el fin del mundo a mi barrio sin que a nadie le importara. Mis padres tenían puesto CNN esperando el boletín especial.

Los liquor stores y las tiendas siguieron abiertos hasta tarde.
Nadie comprendía las señales.
Hasta la mujer que vio la silueta de La Virgen de la Altagracia en el cristal delantero de su jeepeta fue al car wash a lavarla.

Nadie se percató que aquel caballo blanco que arrastraba una carreta de naranjas era del apocalipsis.

Moteles y bingos estaban abarrotados. Las evangélicas que con sus panfletos habían anunciado tanto el fin se fueron a la cama temprano.

No cortaron las líneas de teléfono. Ni se llevaron el agua y la luz. Nadie vio las estrellas que caían del cielo.

Para cuando el arcángel Miguel sonó la trompeta el partido de los Yankees iba por el octavo *inning*.

\* \* \*

Una noche mi novia me envió por WhatsApp el video de una niña peruana. Sentada en la cabina de un programa de radio, la niña contaba que Dios le había revelado que una nube de humo se tragaría a todo aquel que saliera de su hogar. Aguí en la República Dominicana hay un hombre de mediana edad que se hace llamar «el Peregrino» y a quien también Dios le habló. Según contó ante las cámaras de televisión. Dios le había hablado en sueños e instruido en que construyera una cruz de madera, cargara con ella a través de cientos de kilómetros hasta llegar a Puerto Plata y que cuando estuviese frente al mar hundiera la cruz en las olas para que la República Dominicana fuese librada del coronavirus. A medida que avanzaba con su cruz al Peregrino se le fueron sumando seguidores, muchos de ellos infectados, que confiaban que si topaban la cruz se sanarían o se volverían inmunes al virus; ya en Puerto Plata había toda una multitud, y claro, eso creó un foco de contaminación tan grande que a las autoridades no les guedó de otra que cerrar la ciudad.

Al menos la niña peruana le rogaba a la gente que se quedara en su casa y no saliera. Cuando se lo comenté a mi novia me respondió con un *sticker* del Peregrino. Entonces le pregunté cuántas vidas pensaba que la niña habría salvado con su premonición. Pero mi novia me dejó en

visto. Esa noche me fui a la cama pensando en la nube carnívora que sobrevolaba Perú.

A la mañana siguiente me levanté tosiendo, con los ojos irritados y noté que una corriente de humo apestoso se había filtrado por la ventana. Me asomé y vi que una misteriosa niebla lo cubría todo. Tal vez si hubiese estado en Bogotá, en San Francisco o en Lima no me hubiese sorprendido, pero toparse con una niebla en Santo Domingo era algo insólito. Por un instante pensé que la predicción de la niña peruana era cierta.

-Eso es el coronavirus acumulado -dijo mi madre pensando de seguro en los epidemiólogos que repiten que el coronavirus permanece mucho tiempo en el aire.

Pero un noticiario nos devolvió la sensatez. El humo que arropaba la ciudad procedía de Duquesa, el vertedero más grande de Santo Domingo, que se estaba incendiando. Dicho humo era tóxico, activó alergias, irritó ojos y gargantas y provocó tos, náuseas y dolores de cabeza. Quienes tenían el privilegio de poseer casas en la playa o en el campo se marcharon con sus familias. En cuanto a los que nos quedamos, tuvimos que mantener las puertas cerradas, sellar la mayoría de las ventanas y en las que dejábamos abiertas colocábamos paños húmedos.

Todo esto duró más o menos dos semanas. Aunque la intensidad no era siempre la misma, en las mañanas el humo envolvía la ciudad y a medida que el día avanzaba se

iba disipando. Finalmente, las autoridades lograron apagar el incendio.

No obstante, una semana después de que lo extinguieran, me levanté una mañana con un mal presentimiento, miré por la ventana y el cielo estaba de nuevo marrón, había niebla y se sentía un polvillo flotando en el aire. Entré en las redes sociales para buscar fotos del nuevo incendio en el vertedero de Duquesa. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí que la niebla y el polvillo del aire no se debían a un nuevo incendio en Duquesa, sino al polvo del Sahara.

-¡Otra plaga! -gritó mi madre santiguándose. Y se fue a rezar el rosario a su habitación.

Sé que el polvo del Sahara llega a México, pero de lo que no estoy seguro es si va más allá de Yucatán y las regiones del golfo. Aquí viene con frecuencia durante el verano. Ahora bien, en este 2020 su presencia fue más intensa e invasiva. Según lo que he leído, el fenómeno del polvo del Sahara consiste en una gran capa de polvo que forma una nube de casi cinco kilómetros de espesor y que está ubicada a una altura de dos kilómetros en la atmósfera. Es un fenómeno fundamental para la biodiversidad del planeta. Sin embargo, dada la pandemia de coronavirus, el polvo del Sahara resultaba sumamente perjudicial para las personas con enfermedades pulmonares crónicas. De acuerdo a especialistas, la nube de polvo tenía las

concentraciones más altas de partículas de polvo observadas en la región en los últimos cincuenta años.

Pero no solo eso, una de las características del polvo del Sahara es el calor que provoca. Hizo tanto ese día que casi me deshidrato. Casualmente me tocó participar en una lectura a través de Zoom de mi poemario *Llegó el fin del mundo a mi barrio*. Tenía la camisa empapada, el pelo mojado, el sudor me bajaba por la espalda y de mi frente caían gotitas en el teclado. La ventana estaba abierta y solo tenía que alzar la cabeza para ver que el polvo del Sahara revoloteaba en el barrio. Curiosamente cuando le comenté a la audiencia que el cielo de Santo Domingo estaba cubierto de polvo del Sahara la mayoría supuso que me refería a algunos de mis poemas y no a la realidad.

\* \* \*

Con los años he reunido una buena colección de poesía. No solo están los clásicos, los de culto o los que están en boca de todo el mundo, sino también los libros de poetas olvidados, ninguneados, desconocidos y hasta los de ciertos jóvenes que he conocido en mis viajes. Durante la pandemia me dediqué a leer dicha colección y a medida que terminaba un poemario me venía un impulso de compartirlo. Sigo convencido de que la gente necesita de la poesía para lidiar con la soledad, la desesperación y la incertidumbre.

David Foster Wallace lo expresó mejor cuando dijo que «La buena escritura debe calmar a los perturbados y perturbar a los que están calmados». Así que me empecé a grabar todos los días en video, sentado en mi habitación, leyendo y comentando un nuevo poema. El proyecto lo titulé Poemas de la Cuarentena y los fui subiendo día a día a mi canal de YouTube. Para la lectura seleccioné poemas que me conmovieran. Antes de la lectura diaria, estudiaba los poemas y los leía una y otra vez hasta dar con su ritmo interno. Uno de los poemas que leí fue *Abolirse* de la poeta española Erika Martínez que incluyo a continuación:

Se podría afirmar: yo soy mi cuerpo.

Sin embargo, si perdiera la pierna derecha en una batalla o huyendo de la batalla o más bien en un estúpido accidente doméstico, seguiría siendo yo.

También seguiría siéndolo si perdiera las dos piernas, o incluso todos mis miembros.

¿Cuánto cuerpo tendría que perder para dejar de ser yo?

Quizás una mínima parte de mí representaría al resto por sinécdoque. O quizás mis restos me convertirían en otra. Cortarte las uñas te modifica existencialmente. Leí poemas de autores muertos tales como César Vallejo, José Emilio Pacheco o Derek Walcott. Y de vivos como Louise Glück, Charles Simic o Angélica Freitas. No importaba que las palabras de esos poemas me hicieran daño, me patearan o me golpearan. No importaba que sintiese mi alma adolorida como si la tuviese llena de rasguños y moretones. El asunto era que esos poemas me calmaban, me hacían sentir vivo y sobre todo bien acompañado.

\* \* \*

Mi hermana nos llamó una noche para contarnos que se estaba formando un huracán y que de acuerdo a los reportes de meteorología tenía grandes posibilidades de impactar nuestro país. Al huracán lo bautizaron Gonzalo y como coincidió con el nombre del candidato presidencial que perdió las elecciones pasadas la gente bromeaba que estaba bravo y podía ser muy peligroso. Pero el temor de mi hermana no era nada risible. Su equipo llevaba meses construyendo el set de filmación en una playa y un huracán de una categoría alta podía destruir todo su trabajo de un soplo.

La preocupación de mi hermana se fue agudizando a medida que pasaban los días. Gonzalo pasó de tormenta tropical a huracán. Pero no solo eso, los meteorólogos aseguraban que no azotaría directamente al país, sino a ciertas regiones como, por ejemplo, la de Samaná, donde se encontraba mi hermana y el equipo de filmación. El treinta de julio, Gonzalo llegó y provocó daños en infraestructuras y muchas inundaciones. Durante la noche, mi madre y yo escuchábamos los latigazos del viento que alcanzaba velocidades de ciento veinte kilómetros por hora. Al día siguiente, cuando logramos comunicarnos con mi hermana, esta contó que el huracán lo había destrozado todo y que tendría que quedarse otro mes más para trabajar en la reconstrucción.

De nuevo, mi madre volvió a insistir en que era otra plaga que Dios nos había mandado para castigarnos. La referencia la tenía presente debido a que en la pandemia se la ha pasado viendo la telenovela *Moisés y los diez mandamientos*. Sin embargo, si uno lo piensa un poco, lo que pasaba era algo extraordinario. Mi madre me decía que rezara para que no llegáramos a mayores. Yo desde hace unos años en vez de rezar leo poesía.

\* \* \*

Tal como te contaba al principio, estoy tecleando frente a la ventana, oyendo la lluvia caer. A pesar de que son casi las cuatro de la tarde tengo la sensación de que el tiempo se detuvo en la mañana. Aún no hemos logrado contactar a mi hermana para saber si la tormenta Laura causó daños en el set de filmación, pero ya las noticias dicen que hay varias localidades inundadas y uno que otro deslizamiento. Mi madre repite que la tormenta Laura es otra plaga y empieza a contar las que han pasado hasta ahora.

-Seis -dice y hace un seis romano con las manos y los dedos.

Cuando se lo comento a mi novia por WhatsApp, esta me envía el enlace de un artículo: «La NASA anuncia que un asteroide podría impactar el planeta para los días de las elecciones estadounidenses». ¿Sería esa la séptima y última plaga? Espero que no. Le pregunto a mi novia y me deja en visto. Entonces voy a los estantes de libros y saco un nuevo poemario que me calme y me infunda un poquito de esperanza.

Carta de **Sara Uribe** (México)

See and the second second

a Gladys González (Chile)



#### Sara Uribe

Nació en Querétaro en 1978. Sus libros de poesía más recientes son Abroche su cinturón mientras esté sentado (2017), Un montón de escritura para nada (2019) y Antígona González (2019). Su obra ha sido traducida al inglés, portugués, alemán y francés. Recibió el Premio Nacional de Poesía Tijuana (2005) y el Premio Nacional de Poesía Clemente López Trujillo (2005-2006). Actualmente estudia un doctorado en Letras Modernas.

# Querida Gladys:

Hoy es tres de septiembre del año de la pandemia y te escribo esta carta desde mis ciento setenta días de confinamiento conmigo misma por única compañía. Lo que es decir que te escribo desde una máguina del tiempo en la que, a falta de futuro, voy del presente al pasado y viceversa en espera de que el porvenir regrese. De unos años a la fecha pienso que solo desplazándose hacia lo que no ha ocurrido aún es posible modificar la contundencia de nuestras acciones ya pretéritas. Y en estos meses de encierro he deseado mucho avanzar en el tiempo para reescribir partes de lo acontecido. «Lo que el observador hará en el futuro define lo sucedido en el pasado», dice Cristina Rivera Garza en Verde Shanghai, citando a John Wheeler. Una temporalidad dislocada, fragmentaria, la larga nostalgia tropical de quien confunde recuerdos reales con memorias ficticias, eso ha sido la cuarentena para mí. Un tunelcito del tiempo que se ubica en el minúsculo departamento que habito en esta ciudad desmedida que es el ex Distrito Federal. Una pequeña isla de veinticinco metros cuadrados, sin ventanas a la calle; aparecida, como esas que surgen por unos días, unas horas o unos meses en Japón, solo para sumergirse de nuevo y desaparecer sin dar ninguna explicación ni poética ni

geológica. Te estoy hablando, Gladys, de la ínsula que configura el territorio de mi hoy.

\* \* \*

## Querida Gladys:

Hoy es 26 de marzo de 2017 y acabo de llegar a Nueva York. Te conoceré mañana en la inauguración del encuentro de escritoras latinoamericanas AFEST, y en unos días me obsequiarás -; o yo compraré? mi memoria del futuro en el pasado es la más fallida- tus Pequeñas cosas. Es domingo y camino por Central Park, hace un frío que corta la cara y los labios. Dices que «la ciudad se reconoce a sí misma» y pienso que yo siempre intento reconocer algo de mí en las ciudades desconocidas. Como si ellas pudieran darme algunas pistas de quién soy las recorro con azarosa vehemencia, con la arbitraria disciplina del que se aferra a la intemperie. Así, me interno en las veredas de este parque inabarcable hasta topar con un café. Con un poco de calor en el cuerpo regreso a pie hasta mi hotel después de cinco horas de caminar, diminuta extranjera que apresura el paso a un costado de la largura de los rascacielos. Una tarde quedaremos de vernos para unos tragos nocturnos, pero la lluvia nos impedirá encontrarnos. Otro día Cristina y yo veremos pasar por la Quinta Avenida, como un ángel rilkeano, a Anne Carson. Flotará a nuestro lado por unos breves momentos v será un instante que no olvidaremos nunca. Sucederán días increíbles de escuchar la fuerza de la voz de mujeres como Carmen Berenguer, Carmen Ollé, Mariela Dreyfus, Lina Meruane, Mercedes Roffé, Nona Fernández, Claudia Salazar, Soledad Fariña v Mónica Ríos. Y una noche, en el Instituto Cervantes, a modo de conmemoración, se proyectará un video del Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana, inaugurado el diecisiete de agosto de 1987, en el que participaron, entre muchas otras, Diamela Eltit, Ida Vitale, Nelly Richard, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer, Diana Bellessi y la propia Berenquer que era, además, organizadora. Acurrucada en una butaca, al fondo de la sala, se me erizará la piel, te lo confieso, Gladys, sentiré una emoción muy honda al escuchar a la misma Berenguer de treinta años atrás seguir pujando por romper los silenciamientos históricos de la escritura de las mujeres. No lo sabré entonces, pero ahí habrá surgido el germen de mi actual feminismo.

\* \* \*

# Querida Gladys:

Hoy es cinco de agosto del año de la pandemia y justamente este día leo una carta fechada hace setenta años, el cinco de agosto de 1950. Se trata de una misiva de una

de nuestras escritoras mexicanas más brillantes: Rosario Castellanos. Es. ante todo, una carta de amor en la que le narra a Ricardo Guerra su escala en Tuxtla, camino a Comitán, en Chiapas, muy cerca de Guatemala. Hace un calor espantoso, que solo puede combatirse tomando refrescos. Casi puedo sentir el bochorno de su relato, lo evoco de mis años adolescentes y del servicio como maestra rural que realicé en la Huasteca Potosina, una zona selvática y humedísima ubicada al noreste de México. A un costado de su hotel, en el escaparate de una librería, Rosario se encuentra un volumen de Rilke que adquiere. «Lo leí con tus ojos, no con los míos», le describe y yo me muero por saber cuáles versos en particular son los que le han provocado ese gozo profundo. Le cuenta, además, acerca de su reciente escritura de una obra de teatro, a la que se refiere como «un auténtico monstruo». Insiste en lo mucho que le gustaría saber bailar y en su desesperada espera porque llegue un telegrama suyo. Cuando leo las cartas de Castellanos, Gladys, voy con ella en su viaje. Yo también, como Rosario, quisiera saber bailar y, como ella, bebo café con crema mientras abanico el sopor de una tarde canicular, frente al verdor de una vegetación que me sobrepasa.

\* \* \*

## Querida Gladys:

Hoy también es cinco de agosto. Te escribo desde el verano de 2019, desde la orilla de la orilla de mi país, desde Tijuana. Volé de madrugada de la Ciudad de México para acá. Vine a pasar unos días con Cristina, a ver este mar del norte, el de sus poemas. Un mar que no he visto desde hace una década y que permanece indeleble en mi memoria. Lo recorrí en 2009 por primera vez y me enamoró su imagen de mar gris, frío y triste. Pero para qué te cuento, Gladys, sé que tú has estado ahí, frente a esa arena burda, a su sucia espuma y a sus piedrecillas rojas, azules y verdes que parecieran venir de otro planeta. Dice Cristina en «¿Ha estado usted alguna vez en el mar del norte?» que Tijuana es «la inundada de luciérnagas, la mentirosa» y el mar del norte ese manto del que alguna vez «emergió del agua la cabeza de Concha Urguiza». Y es que acá venimos a parar «las Desamparadas y las Solas y las de Tres Corazones» y las feministas: «agnósticas más que ateas. Impactantes más que hermosas. Vulnerables más que endebles. Vivas más que tú. Más que yo. Estoicas más que fuertes. Dichosas más que dichas». Pero para qué te cuento, Gladys, si estoy segura de que recorriste el malecón de Playas y en cada esquina se te aparecía la grisura de ese mar helado. ¿Nadaste en él? ¿Construiste pequeños castillos de arena que luego las olas o la tarde o las huellas de otros paseantes deshicieron? Desde esta orilla de la orilla yo también, como Rosario Castellanos, escribo pequeñas cartas de amor o de desamor, que luego se convertirán en el adiós al amor y en el adiós al desamor, como en la historia que Cristina narra en *El mal de la taiga*. Yo misma, pocos días después de que la pandemia haya llegado, destruiré los indicios de esta escritura frente al mar del norte, desdeciré los restos de esa correspondencia enviada y alteraré mi pasado, este que habito ahora, en el que en realidad ya no escribo cartas de amor, sino esta misiva que te cuenta mis días desde el verano de 2019, que transcurre en una Tijuana que, de algún modo muy íntimo e irónico, es también mis islas Galápagos.

\* \* \*

#### Querida Gladys:

No hacíamos otra cosa que producir presente. Lo maquilábamos

-lo maquillábamos, pues- en fábricas clandestinas a las orillas de la ciudad.

Sabíamos que el trabajo era ilegal, que la paga era mala, que no

pasaría mucho antes de que vinieran a desmantelárnoslo todo. Lo cierto es que no teníamos salida de emergencia alguna. Éramos inmigrantes huyendo del pasado. Habíamos dejado atrás no un país

sino una línea de tiempo. Pero a los dueños de las máquinas

no les importaba tanto de qué pasado proveníamos, de cuál de todos los pretéritos posibles es que

habíamos escapado, sino qué tan capaces de articular narrativas

para construir los tejidos de lo real resultábamos. Éramos parias

escribiendo falsos presentes en turnos de doce horas.

La mercancía, eso sí, te lo puedo asegurar, era de la mejor calidad.

No habrías podido reconocer

un presente auténtico de uno falso.

Lo sé porque todos los presentes que manufacturamos eran reales.

Lo sé porque les mentimos. Nunca fuimos capaces de alterar

lo que ya sabíamos que estaba por suceder.

\* \* \*

# Querida Gladys:

¿Has notado que en el confinamiento todos los días son, en realidad, el mismo? Últimamente empiezo mi jornada redactando el inicio de una carta que está dirigida a ti. «Querida Gladys» tecleo, pero luego las horas, los movimientos de los dedos, los pasos que yo misma trazo en mi reducido perímetro, los ruidos de mi edificio que revelan los indicios de vida allá afuera: todo está hecho de un material que se disuelve. Entonces nada se puede contra la aplastante volatilidad del presente, ese flujo de cosas que se están yendo, la misma falta de sol y de calle de ayer, la misma ausencia de mundo de hace cuatro meses. Me pregunto si es el propio lenguaje el que desanda la marcha, palabras que se desdicen a sí mismas, que reniegan de sus bordes y optan por regresar al momento antes de la obturación del teclado. Una especie de Sísifo epistolar que en lugar de roca, escritura ¿Te imaginas? Un lenguaje ectoplásmico que solo tiene lugar como la materialización de lo que no es.

\* \* \*

#### Querida Gladys:

Hoy es tres de octubre del año de la pandemia y justamente este día leo una carta fechada hace setenta años, el tres

de octubre de 1950. De modo que te escribo desde un barco en el que viajo con Rosario Castellanos. «Mañana, a las siete de la mañana, llegamos a Cartagena y permaneceremos allí todo el día». Recorreremos la ciudad en unos «cochecitos que se llaman "victorias"» y Rosario dirá que se trata de «un puerto muy bonito, semejante en su construcción a cualquiera de las ciudades al interior de México». A ella le evocará un poco a Guanajuato, mientras que yo pensaré en la Cartagena de las barriadas populares de la infancia de la que Rómulo Bustos ha escrito en su carta. Rosario concluirá que Cartagena es «una ciudad muy agradable» y que le gustaría vivir ahí. Recordará, además, que «hay un poema de José Santos Chocano dedicado a ella [a Cartagena], que habla de una mulata tendida en una hamaca, besada por el mar y abanicada por los palmares». Por mi parte, yo no podré evitar que a mi mente venga la tonada de una ronda infantil, cuyos dos versos iniciales aparecen al comienzo de Balún Canán, la primera novela de Castellanos, publicada siete años después de este viaje, en 1957: «Naranja dulce, limón partido, dame un abrazo que yo te pido, si fueran falsos mis juramentos, en otros tiempos se olvidarán».

\* \* \*

## Querida Gladys:

Hoy es siete de agosto de 2019. Por la mañana escribimos un poco, desayunamos fruta e hicimos una larga caminata bordeando las olas que llegan hasta la costa. Fuimos otra vez, como todos los días desde que llegué, hasta el mero límite, al confín del país: la barda de Playas que divide Estados Unidos de México. Tú la viste, Gladys, esa hilera de pilotes de metal que se hunde hasta el mar. Una se asoma por esas rendijas sin imaginar lo diferentes que son las playas de San Diego de esta. La de Tijuana, con tantas construcciones medio derruidas y ese aire de desahucio o de fin del mundo o de cosa arrasada por el tiempo o por el progreso o por estar tan cerca del sueño de tantos y tantas y al mismo tiempo tan lejos porque la barda, porque los pilotes, porque la migra. «Aguí no hay glamour», dices al comienzo de Pequeñas cosas, Gladys, y yo lo repito desde este desglamour de Playas de Tijuana. Hoy nos encontramos a un grupo de activistas pintando rostros de migrantes en la barda y de regreso a casa hallamos castillos de arena abandonados, un fara fara tocando música norteña, restos de bullicio acontecido. Por la tarde abrimos una botella de vino espumoso para brindar por el aniversario luctuoso de Rosario Castellanos. Murió un día como hoy, pero de 1974 en Tel Aviv, Israel. Le cuento a Cristina que me han pedido que escriba un libro de divulgación sobre Castellanos. Mi encomienda es hacer que lectores que no la conocen se enamoren de su literatura. Yo me siento la más feliz y la más aterrada al mismo tiempo. Temo tanto que mi libro sea, en palabras de la propia Rosario, «un pequeño monstruo».

\* \* \*

## Querida Gladys:

Hoy es cinco de septiembre del año de la pandemia. Hoy hace treinta y dos años que murió mi madre. Yo tenía apenas diez. Se trata siempre de una fecha que me induce a la nostalgia, «como si la borra del pasado aturdiera los sentidos», dirías tú. Últimamente, cuando me asomo al espejo me parece que veo cada vez más su rostro en el mío. No me había pasado antes, te lo juro. Comenzó a suceder con la cuarentena. A falta o escasez de rostros ajenos, he comenzado a detenerme a observar el mío. Hay días en que me es prácticamente imposible reconocerme en esa cara. Me parece o más larga o deforme o simplemente la faz de otra persona que no soy yo. Pienso ahora en una pregunta del poema de Erika Martínez que Frank Báez transcribe en su carta: «¿Cuánto cuerpo tendría que perder para dejar de ser yo?». Pienso también en la frase con que termina: «Cortarte las uñas te modifica existencialmente». Ver este rostro todos los ciento setenta v dos días que llevo

de confinamiento me ha modificado existencialmente. Y es que, como bien dices en tu poema *Despedida:* 

ya no quiero
estar en batalla
conmigo misma
tan solo quiero
no levantarme de la cama
descansar
de estos últimos años.

Creo que no te lo he contado, pero cuando estuve en Nueva York -esa vez que nos conocimos-, como buena turista, subí al Empire State. Desde ahí se veía el recuadro arbolado de Central Park, la estatua de la libertad, Ellis Island, una urbe-ínsula perfectamente trazada en su cuadrícula. Ahí estaba, la ciudad bajo mis pies en mi primer viaje fuera del país. Tuve entonces esa sensación que suele invadirme cuando estoy en un lugar desconocido o ajeno o cuando estoy muy feliz o cuando quisiera que el tiempo se detuviese: la nostalgia por el presente que se siente desde el presente. Tú lo describes muy bien cuando dices: «La ciudad y nosotros nos reconocíamos con una tristeza salvaje». Esta nostalgia por el presente que siento desde el presente es una suerte de tristeza salvaje. Hoy siento tristeza salvaje por mi rostro de la cuarentena, por este rostro que cada vez se parece más al de mi madre, pero que no es el suyo, ni el mío tampoco.

\* \* \*

# Querida Gladys:

Le dije que no sabía de qué me hablaba.
Que hacía muchos presentes que yo había llegado y que nadie me había mencionado nunca algo acerca de que en ese sitio hubiera existido alguna vez una fábrica de futuros.

No, no los fabricábamos me interrumpió el futuro era más bien una cosa que solía crecerte bajo las uñas por entre el cabello en la saliva o en el sudor incluso en la orina.

Crecía
a veces
dijo con cierta gravedad
que se parecía mucho al alivio
cuando alguien pronunciaba
la palabra amor.

\* \* \*

## Querida Gladys:

He pasado la cuarentena y el confinamiento –que aún continúa– en un departamento pequeñísimo en el que mi sala hace las veces de oficina-comedor-gimnasio-estancia y mi recámara de biblioteca-estudio-bar, pero lo cierto es que he estado aquí y no he estado aquí. De la ausencia de futuro y del presente mismo a mí toda mi vida me ha salvado la literatura, la ficción, la poesía y la memoria. Todas las tardes de este verano, a eso de las siete u ocho voy a la cocina por un té, a terminar de lavar los platos que se han quedado rezagados de la comida o a empezar a poner a cocer algunas verduras para la cena y ese reducidísimo espacio se convierte en un pasadizo hacia una de las casas de mi infancia. Cuando tenía alrededor de siete u ocho años, era común que pasáramos los veranos en Ciudad Valles, la así llamada «puerta grande de la Huasteca», en

San Luis Potosí. Esa casa de la infancia tenía un patio lleno de árboles de mangos, una pequeña alberca y una vegetación exuberante. Solía llover casi todos los días. I luvias tropicales que podían durar hasta una semana entera v que solo exacerbaban el insoportable calor, a veces hasta de cincuenta grados, así como las oleadas de moscas y zancudos que había que esquivar a todas horas. De esos veranos recuerdo mis siestas infantiles por la tarde, salir del sueño entre la confusión y la somnolencia, el momento en que es imposible distinguir lo onírico de la realidad: esa sensación de paz, de calma dulce, ese flotar en agua tibia, ese preludio, esa inminencia, esa salvedad y cuidado, porque, de alguna manera, al todavía no entrar cabalmente a la realidad, te sabes a resquardo. «Lo he sentido en el verano», dice Rosario en Balún Canán para referirse al viento, «perezoso, amarillo de polen, acercarse con un gusto de miel silvestre entre los labios». Una sensación infantil de paz dulzona, de miel entre los labios, de pereza, sopor y modorra de un verano tropical cuando la vida está a punto de comenzar me invade en ese tunelcito del tiempo que existe en mi cocina. Ahí mismo, Gladys, te lo confieso, me surgen unas inesperadas ganas de bailar y bailo en ese par de metros cuadrados, porque como bien has escrito, una

> puede morir por las pequeñas cosas

como el gracioso baile de las esporas

y yo soy una espora que baila, como cuando era niña, al lado del tocadiscos escuchando a Los João: «Vamos a la playa, oh, oh, oh, la bomba estalló, las playas son hermosas y matizan de azul, vamos a la playa, oh, oh, oh, todos con sombrero, el viento es radioactivo y despeina los cabellos, vamos a la playa, oh, oh, oh».

# Carta de Gladys González (Chile)



a Otoniel Guevara
(El Salvador)



# Gladys González

Nació en Santiago en 1981. Es magíster en Lingüística y doctora en Filosofía y Letras con mención en Filología Hispánica de la Universidad de Valladolid. En 2019 ganó el Premio Pablo Neruda de Poesía Joven. Es fundadora y directora de la Feria Internacional del Libro de Valparaíso. También del sello editorial Libros del Cardo. Ha publicado los poemarios *Aire quemado* (2009), *Calamina* (2014) y *Bitácora* (2018).

Ī

#### Querido Otoniel:

Desde octubre de 2019 Chile viene en estado de excepción, y luego, en estado de sitio. Han sido meses muy difíciles, fue como regresar a la época de la infancia cuando el golpe militar, que duró diecisiete años, era una imagen inmóvil en blanco y negro, en la que el horror, el dolor y la incertidumbre apremiaban a la mayoría de las personas de Chile. Por televisión han mostrado, a todas horas, una y otra vez, el despliegue de carros lanza-agua, tanguetas, camiones llenos de marinos con trajes camuflados y exhibiendo sus armas. Ha habido incendios intencionales en ciertas cadenas de supermercados, bodegas de ropa, comida y edificios. También estaciones del metro de Santiaqo, extrañamente se han quemado estando cerradas y las llamas se han alimentado de líquidos acelerantes desde el interior. Se llevan a las comisarías a jóvenes, incluso menores de edad que son sacados de sus hogares de forma ilegal, mujeres, hombres y ancianos que son maltratados. Las comisarías están llenas de observadores y observadoras de derechos humanos, abogados, abogadas, prensa y familiares

П

#### Querido Otoniel:

Estoy escribiendo un libro sobre todo esto, sobre lo que he leído, visto y escuchado, pero no es sencillo avanzar, no es fácil tener tranquilidad o tiempo para no sentirse alerta o atemorizada. Los primeros días de todo esto fuimos a comprar para abastecer la despensa, había filas en los negocios del centro, no podían entrar más de cinco, las personas tenían miedo de que escondieran la comida como en los ochenta. Tuvimos que correr entre una marcha con las bolsas en las manos hacia calles transversales porque los militares disparaban a quemarropa, hacia el frente, en ráfagas que tronaban y ensordecían. Creo que muchos y muchas de los que estábamos allí creíamos que nos iban a herir o asesinar. Ahora el toque de gueda ha cambiado las noches, hay mucho silencio, un silencio que pareciera detuviera el tiempo, un silencio que pareciera que todas y todos estuviéramos esperando el amanecer en un llanto contenido. El ladrido de los perros callejeros, las maguinarias del puerto, el fuerte viento que se levanta en las tardes son como si esqueletos caminaran por las calles. Ha sido un año muy distinto a lo que pensé, muy diferente a lo que había planificado. Para todas y todos ha sido así.

Ш

#### Querido Otoniel:

Hoy comencé a retomar el libro que escribo sobre la revuelta popular de Chile, se ha sumado la pandemia a la radiografía de este país. Se me viene a la memoria el poema Cadáveres de Perlongher, se me vienen las imágenes de la niñez, los allanamientos, el gris que cubría todo. Se me viene a la memoria el poema La bandera de Chile de Elvira Hernández. Se me viene a la memoria Santiago punk de Carmen Berenguer. Se me viene a los ojos Antígona González de Sara Uribe. Se me vienen a la memoria Cristina Rivera Garza, Claudia Salazar Jiménez, Nora Méndez, Lina Meruane, Marcia Mogro, Diamela Eltit. Se me vienen al cuerpo todas las mujeres que escriben desde la búsqueda y desaparición. Todas las mujeres que buscan cuerpos, que rastrean, que marchan durante siglos con carteles de sus seres amados en el pecho.

IV

Querido Otoniel:

Estos versos son parte de lo que estoy escribiendo...

#### Latinoamérica cuenta, 2020

Una mujer un muchacho tiene una soga toma fotografías al cuello de la muchedumbre

pende de una reja capta

en un terreno baldío el momento exacto

en que son disparados

donde los niños balines juegan a la pelota a sus ojos

durante tres días su cara se pierde los vecinos entre la sangre

ven su cuerpo

torturado su rostro
violado es proyectado
estrangulado durante la noche
sobre un edificio

no permiten en la ciudad

que la bajen

estamos en silencio

deben saber

que el miedo no es un país

puede llegar

a olerse llevamos 22 días de insomnio

...









V

### Querido Otoniel:

Esta pandemia parece eterna. Yo trabajo en mi casa con la editorial, hago talleres y todo lo que pueda inventar para subsistir. Soy una afortunada. Hay muchas familias del comercio ambulante que han debido reinventarse, ahora venden mascarillas, visores, barbijos de colores, alcohol, gel y desinfectantes de toda clase. Los restaurantes cierran, los bares quiebran, excepto los que hacen despachos a domicilio. Hay muchos inmigrantes que perdieron su trabajo, muchas personas de nacionalidad haitiana han regresado a su país, y la mayoría ha sufrido mucho con la idiosincrasia, la xenofobia, la nivelación de estudios y la dificultad en aprender un nuevo idioma. Me he dedicado al huerto este fin de semana. Compramos muchas semillas cuando pensábamos que Chile se iba a acabar. Al ponerlas en los almácigos me voy dando cuenta de todo lo que ha ocurrido en estos últimos doce meses y cómo la supervivencia produce una pequeña amnesia para continuar.

V١

### Querido Otoniel:

Hoy no quise escribir mucho, apagué la radio, el computador, y salí al patio a mirar a nuestros gatos y gatas. Tenemos doce y hay una preñada. Son gatos libres, suben y bajan de la ladera del cerro, de los paltos, huelen las flores, miran el viento y a las abejas, toman agua de la acequia, juegan entre ellos corriendo entre las acelgas, duermen panza arriba tomando sol. Hoy no quise escribir mucho, ni escuchar cifras de contagios o promesas políticas, ni leer el diario, ni pensar en qué pasará el próximo mes, ya nos hemos acostumbrado al día a día. Hoy acaricié a los gatos, planté tomates, lechugas y rúculas. Miré las malezas, las formas del agua entre las piedras y los barcos en el mar. Pensé en lo bello que es poder respirar.

VII

Querido Otoniel:

Como ayer no escribí mucho, empecé hoy otra vez...

### Gladys González a Otoniel Guevara

una mujer huyen

obrera

de la periferia sur ella madre de tres hijos cae

recibe inconsciente camino al turno nocturno al suelo

de la fábrica

una bomba lacrimógena los vecinos
en el rostro vendan su rostro
con un paño blanco

sus ojos para secar los platos

se desprenden

otros los agitan

su hija grita pidiendo

pide ayuda que no disparen más

lanzan otra bomba ya para ocultar nada la identidad garantiza

del piquete el cese al fuego

### VIII

### Querido Otoniel:

Ayer dormí muy poco, soñé con el trabajo y fechas de entrega de libros, no tengo ganas de levantarme de la cama.

Debo traducir unos cuentos infantiles y enviárselos a un ilustrador. Finalmente, traduje los cuentos y los mandé por correo. La literatura infantil me cambia el ánimo, me gusta hacer libros para la infancia. Vi unas noticias sobre India, se aproximan a los cinco millones de contagios, han subido también en Estados Unidos y en Brasil. En Italia se inició el regreso a clases, me parece muy peligroso. Yo no quise tener hijos o hijas, la maternidad o la paternidad me parece algo muy complejo en un mundo como este.

IX

### Querido Otoniel:

Hoy vi noticias sobre el zoológico de Santiago. Lo reabrirán. Esperan visitantes luego de seis meses. No me gustan los zoológicos ni puedo entender cómo esperan visitas si los contagios son tan altos. La humanidad, más bien una parte de ella, lleva este mundo al borde. Mi mamá me llevó al zoológico cuando era niña, una jirafa me pegó en la cabeza con sus cachos; desde ese momento empecé a creer que me sonaba el cráneo, duró hasta mi adolescencia. Siempre he sido muy impresionable. En esa época vendían unas sombrillas chinas de papel para el sol y juguetes para hacer burbujas de jabón. Recuerdo pasear con mi mamá sin tener la conciencia de que estábamos en dictadura. Mi

mamá es una mujer muy valiente, yo la admiro, quisiera que todo hubiera sido más fácil para ella, que hubiera trabajado menos, que hubiera tenido una hija menos extraña, menos rebelde. Mi mamá es una mujer única. Quizás si vienes a Chile puedas conocerla.

Х

### Querido Otoniel:

Te envío otro poema, este lo escribí en la noche...

un hombre no más

cae a una fosa a los carros lanza-agua

en el centro

de la ciudad al día siguiente

sus pulmones un contingente de trabajadores

se llenan solda una tapa de metal

de gases tóxicos al nicho vacío ningún perito

muere auscultó el lugar por inmersión

los rescatistas levantan las manos solicitando ayuda

gritan

ΧI

### Querido Otoniel:

Hace dos días revisé el libro que escribo. Lo que ocurrió fue muy violento. Me he demorado mucho en ponerlo por escrito, al releer quedo atónita. Imagino que nadie pensó que podría ocurrir un levantamiento militar, una pandemia y después una vida frente a las pantallas de computador. Estos meses no he visto a mis amigas ni a mi mamá. Solo he ido cuatro veces al centro, el resto del tiempo he estado en casa. El no poder viajar me ha afectado, tenía muchos planes de presentaciones de libros en diferentes países, tuve que participar de mi propio cumpleaños, fecha que no me gusta mucho, estar estática en este país, lo que me provoca tristeza, el salir al espacio aéreo me reconforta como un placebo pasajero. A la vez, me he dado la posibilidad de tomar imágenes que estaban en mi cabeza y de las que siempre rehuía, no ha sido sencillo, pero la compañía que tengo, día a día, me ayuda y abraza, mantiene a raya la pérdida de la propia venda de lo que se mantiene estremecedor y latente. Cuando esto termine iré a El Salvador y te llevaré un poco de toda esta historia. Un abrazo grande que cruce los océanos.

# Carta de Otoniel Guevara (El Salvador)

a farming

a Consuelo Tomás (Panamá)



# Otoniel Guevara

Nació en Quezaltepeque en 1967. En 2018 recibió el título de Gran Maestre en poesía del Ministerio de Cultura de El Salvador. Antes había ganado los premios de poesía Roque Dalton (1993) y Alfonso Hernández (1991), ambos en su país. Es miembro fundador del taller literario Xibalbá, creado en 1985. Ha publicado los poemarios *El solar* (1986), *No apto para turistas* (2004) y *Consagración del Edén* (2018). Actualmente lidera el proyecto cultural La Chifurnia y es coordinador ejecutivo de la Fundación Metáfora

# ¡Qué tal, Consuelito!

No recuerdo si conocés a mis hijas mayores, son tres: Mixtli Alejandra, Gabriela Mazatli y Selvamaría Mallinali. Gaby y Selva se fueron de El Salvador. Se llevaron a su madre y a sus hijos –Ale de Gaby y Cali de Selva–, y a la novia de la Negra, Meca, porque la Negra –Mixtli significa 'nube oscura' o 'nube negra'—se quedó por alguna razón que realmente desconozco, que seguramente tiene que ver en parte con no dejarme tan solitario.

Cuando mis hijas estaban pequeñas les escribí este poema:

### De creer

Doblo mi rodilla y beso tu frente ¿es acaso tu frente mi cielo mi ultratumba la razón de mis desvelos?

No importa cuánto seás mi hija yo creo en vos creo en tus diálogos con las paredes creo en tus velocípedas aventuras a través de la risa creo fervientemente en tus mentiras

porque yo nunca tuve un beso en la frente creo en todo

El problema es que en la vida no he podido ser más que un indescifrable solitario y para olvidarlo me llené de muchas personas con quienes compartí pan, casa, amor, aventura y palabras, en diversas proporciones.

Mi problema con el olvido, sin embargo, no fue por la soledad, sino por la multitud de fantasmas que se fueron cerniendo alrededor de mi existencia. Algunos, provenientes de mi infancia, como la muerte de mi único perro o mi implacable decisión de no aceptar regalos. Mi ambición mayor siempre fue que alguien me mirara a los ojos mientras yo le contaba mis desvaríos de enano. Esa debió haber sido una de las razones que me impulsaron a entrar a la guerra, por pura solidaridad con aquellos que tampoco tenían una mirada y que, de remate, tenían que padecer todos los puñales de la injusticia que definía en esos días a este país que se ha obstinado en llamarse El Salvador.

Y de la guerra brotaron los fantasmas más dolorosos.

Decidí olvidarlos y logré, por lo menos, apartarlos del paisaje, con tanta vehemencia que mi historia terminó hecha jirones. Mi pasado es una niebla sin temperatura.

He olvidado tanto. Pero no olvido que cuando iniciaba en el inframundo de la poesía, me fui sin muchos pesos y menos equipaje a un conciliábulo de escritores en Guatemala, seguramente organizado por nuestro hermano Francisco Morales Santos y al cual asistían grandes figuras de las letras regionales. Recuerdo que a la entrada de un lugar, seguramente un paraninfo, yo estaba con la camiseta sucia de mis dieciocho años viendo moverse a aquel hormiguero de hombres y

mujeres que llevaban la belleza pastando en sus pechos. Vos te me acercaste y me hablaste, pues mi timidez de ese entonces no ajustaba para que fuera yo el que tomara ninguna iniciativa. Me interrogaste con auténtica curiosidad y compartimos amenamente, como siempre ha sido desde entonces compartir con vos, y terminaste regalándome tu pequeño libro de pasta negra y naranja llamado *Confieso estas ternuras y estas rabias*, que a la fecha conservo con la portada muy maltratada. Son treinta y cinco años de compañía, algo se pierde de lozanía.

También fuiste la primera poeta que aceptó nuestra invitación a venir a nuestro inquieto país, cuando inaugurábamos lo que sería una procesión de un par de cientos de poetas que desde entonces nos han visitado, conociendo decenas de municipios, cientos de escuelas y miles de jóvenes que siempre nos acompañan a escuchar lo que cada quien trae bajo su sombrero de copa negro. Era el Encuentro Permanente de Poetas en El Salvador y era el año 2002.

Hacer esos festivales nos cambió un poco el mapa. De un ambiente de resequedad cultural pasamos a tener espacios para la poesía de manera casi permanente. Porque la poesía abre puertas, como Elegguá, ese mensajero venido desde África, dueño de todos los caminos. Como la poesía.

Te cuento que mi amiga poeta Gladys González, a quien conocí una noche en Nueva York, me escribe desde Chile y me resume las jornadas de protestas de los últimos meses. Esto despertó olas de solidaridad en muchas partes del continente, y en El Salvador salimos a cantar por «el derecho de vivir en paz», del tan querido y heroico Víctor Jara.

Tengo un hijo chileno, Emilio David. Tiene catorce años y ha tenido que ser testigo presencial de estas jornadas, de las que Gladys está produciendo un libro que esperamos tener pronto en nuestras manos.

Luego, llegó el virus.

Aquel catorce de marzo decidí visitar a la Negra en San Salvador, en la casa donde vivía sola, después de que la familia saliera del país a finales de enero. Esa tarde hablé con mi amigo médico y poeta Wilfredo Peña, que me aconsejó no salir más. «Ese virus le va a dar a todo el mundo, pero su grado de letalidad no es alarmante», me dijo. «Pero vos cuídate, que a vos sí te va a matar», me subrayó. Por la sencilla razón de que mi cuerpo posee dos incómodas acompañantes: hipertensión y diabetes; que me mantienen con un sistema inmunológico deficitario de manera permanente. Me mandó a comprar vitaminas y a olvidar el contacto con el exterior, lo cual he obedecido con esforzada disciplina durante estos seis meses en los cuales mi única relación humana fue con mi hija, quien se encargó de mis medicinas, mis alimentos y mis desvaríos.

Pasé un mes y medio deprimido. No hacía más que comer, dormir e informarme del virus. Pasaba preocupado y angustia-do. Hasta que el primero de mayo decidí cambiar carrete. Algo me levantó del subsuelo. Comencé a leer, a escribir y a comunicarme por teléfono. Leí una novela de la dupla de Maj Sjöwall y

Per Wahlöö. Fue levemente triste porque Sjöwall murió en esos días. Alternaba lecturas de otros autores: Yourcenar, Pushkin, Simenon, Fuentes, Lagerlöf, James, Hesse y un escritor del que nunca había escuchado ni leído nada: Carlos Ruiz Zafón, que murió en junio. También redescubría a viejos poetas: Seferis, Pavese, Vallejo, Dalton, Dámaso Alonso, Shakespeare. Y comenzó la era virtual para mí.

Mayo siempre tiene aroma a verso, pues conmemoramos el Día Nacional de la Poesía, el día catorce, fecha de nacimiento de Roque Dalton. Empecé a recibir invitaciones para participar en eventos virtuales, ya fuera leyendo poemas míos o de otros o alternando en mesas sobre diversos temas con otros escritores, poetas o periodistas. Me dio chance de conocer nuevos amigos y saludar a los antiguos con renovado frenesí.

La señal de internet era pésima. Era robada. A pesar de tener un plan de pago con una empresa de telefonía, los datos de mi celular acababan misteriosamente al segundo o tercer día y no había cómo protestar.

Comencé a revisar todos mis escritos y a condensarlos en un corpus definitivo de once volúmenes. Esa misión la comencé precisamente en Panamá, en el año 2011, durante un mes dedicado a ese fin en casa de una generosa amiga en común. Avancé mucho, pero todo lo trabajado fracasó debido a un accidente en 2018 donde perdí todos mis archivos digitales. Todos.

Entre los poemas «rescatados» se encuentra este, que es mi homenaje particular a la paz:

# Defensa propia

para Arquímides Cruz, en el recuerdo

Un hombre me amenaza con un arma Yo lo amenazo con una piscucha

Él a lo sumo logrará matarme

Yo en cambio podría hacerlo feliz

*Piscucha* es como llamamos nosotros a ese juguete volador que conecta a los niños con el vuelo. Se le conoce con muchos nombres: cometa, barrilete, papalote, volantín...

Lo que hice para rescatar mis «obras incompletas» fue recopilar de diversos archivos y, sobre todo, de papeles impresos, lo que pude, que eran mayoritariamente versiones del año 2014, y con esto culminé mi apostolado. Al mismo tiempo comencé a organizar cinco nuevos libros, que espero tener listos en unos tres o cuatro años. E inicié una aventura largamente postergada: escribir narrativa, o sea, ficción. Al respecto deberé pedirte muchos consejos, pues vos ya llevás años en todos estos oficios que me son extraños: la narrativa, la dramaturqia, la música, el cine, la actuación y tantos talentos que tenés.

Es impresionante el cúmulo de belleza que has logrado reunir en el curso de tu vida. Y no solo por el lado de la creación artística, sino también de la participación patriótica, empujando activamente grandes gestas políticas por la emancipación de nuestros pueblos y, por supuesto, a la cabeza, tu amada Panamá. Pensé que para la celebración de los quinientos años de fundación de la ciudad se te daría un reconocimiento digno, acompañado de un retiro más que merecido, hermanita, pero no pasó nada.

En fin, nuestra crisis sanitaria estalló en julio. El Facebook se inundó de cintas luctuosas en los perfiles de amigos y conocidos. Murió Meco, amigo y colega periodista muy apreciado en el medio. Murió Jorge, poeta popular que vendía libros y repartía versos de amor y de lucha. A fines de julio murió don Mario, abuelo de mis hijos menores. Fue una punzada profunda por la cercanía, pero sobre todo por el dolor de mis hijos menores, Mariana y Ariel, y por el desgarrador sufrimiento de su madre, que adoraba a su padre.

Pude presenciar, en brevísimos videos, la forma en que se despedía a los que morían por el virus. Un rompimiento absoluto de nuestros rituales luctuosos. Una despedida sin despedida, sin siquiera la posibilidad de un beso final o un último apretón de manos. Crueldad eficiente.

Una semana después, otro duro golpe. El virus derrotaba a un hombre de esos que nacen muy de vez en cuando. Un espíritu generoso y locuaz, un campesino con pocas letras, pero con mucho amor a su gente. Pablo Flamenco, al que todos conocieron como Perica, partía sin que nadie se enterara. Muchísima gente esperó desde la entrada de Quezaltepeque hasta la entrada al panteón a aquella caravana donde viajaba por última vez aquel amigo que nunca se negó a ayudar a quien lo necesitara. Ese cariño lo hizo ganar la concejalía en la alcaldía del pueblo y ese trabajo, en el que se afanó, lo condujo a la muerte. Comenzaba agosto y la muerte ardía sin parar.

Comencé esta carta el domingo trece de septiembre, treinta y dos años después de mi primera cárcel política. No sé si te enteraste. La noticia tuvo repercusión internacional.

«La cárcel hace todo lo posible por doler», escribió Roque.

Creí que, por mi «experiencia», resistiría el encierro anunciado, pero me equivoqué. La cárcel del virus es mucho más horrenda, no hay nadie alrededor, es un cautiverio voluntario, vergonzoso. Se está más solo que los cautivos de Wilde o Van Gogh.

Terminamos prisioneros por un virus que prohíbe abrazar y besar. Después de lo que nos costó históricamente abrazarnos y besarnos, como le costó a Goyo Cuestas abrazar a su hijo en el Chamelecón salvaje, en aquel memorable cuento de Salarrué que se sigue repitiendo.

La Negra partirá también, pronto. A buscar la paz y la alegría lejos, como millones.

La Negra se va, pero ya no estoy solo. Ya no.

Y eso tiene muy molestos a todos mis fantasmas.

A Karen María, con gratitud.

# Carta de Consuelo Tomás (Panamá)

a farm

a Laura Liuzzi (Brasil)



# Consuelo Tomás

Nació en Bocas del Toro en 1957. Es poeta, narradora y gestora cultural. En agosto de 2020 obtuvo el premio del Concurso Municipal de Poesía León A. Soto con el libro *Breve recuento de sucesos*. En tres oportunidades obtuvo el premio del Concurso Nacional de Literatura Ricardo Miró con la novela *Lágrima de dragón* (2009) y con los libros de cuentos y de poesía, respectivamente, *Inauguración de La Fe* (1994) y *Agonía de la reina* (1994). Es miembro de la Comunidad Centroamericana de Escritores.

# CON LLUVIA Y MILAGROS

Laura: va mi abrazo para ti hasta ese sistema solar que es Brasil, un país tropical, abençoado por deus. Tengo una vicinha en Salvador. No nos conocemos en persona. Nuestras cartas son intercambios profundos y a veces pienso que somos amigas desde siempre. Es enfermera siquiátrica, y por ella sé de la tragedia que vive tu pueblo. La que se vive cuerpo adentro. La vivimos todos, pero los países más grandes y complejos suelen tener tragedias más grandes y complejas.

Nací en Isla Colón, Bocas del Toro, en mi casa, con las expertas manos de una partera indígena. Mi padre, el médico, no estaba. Llegué contenta y, superando disenterías cuasi mortales y otras necedades de los pueblos precarios, superé la media de los tres años. Subí a mi primer avión cuando decidieron trasplantarme a la «gran ciudad». El país ni siquiera completaba el millón de habitantes.

Esta ciudad que hice mía tiene ya quinientos años. El sitio que hoy llamamos Panamá Vieja fue la primera ciudad en el océano Pacífico, fundada en 1776. Una ciudad bien organizada, defendida por un inmenso manglar. Cuando los piratas ingleses se la comieron viva a punta de fuegos y saqueos, decidieron mudarla piedra por piedra, al pie de un cerro: el Ancón. Para su defensa, una ciudad cerrada y

con baluartes. Las «buenas familias» vivían puertas adentro y los sirvientes, afuera, en el arrabal. Esta ciudad también fue amada por el fuego. Los bomberos eran más importantes que la policía o los sacerdotes. Uno de nuestros grandes poetas, Rogelio Sinán, sufrió esos fuegos en uno de sus mejores poemas:

Sirenas sin gemidos ni palabras
—mudo canto que solo oyó la muerte—
clavaron agonías en la noche.
Callado jeroglífico del grito
que no partió los sueños
ni saturó de alarma las tinieblas.
¿Qué voz estrangulada podría ser más certera
que una mano de luz pintando el cielo
y adelantando el alba?¹

Panamá, con su vocación de tránsito al igual que Colón en la ribera atlántica, fue el centro de todo, siempre. Primero fue el ferrocarril transístmico en 1855 para los que iban a buscar oro a California y, después, un canal interoceánico iniciado por los franceses en 1882 y terminado por los norteamericanos, quienes aseguraron primero la separación de Panamá de Colombia –a la que se había anexado luego de la independencia de la colonia española– para

Rogelio Sinán. *Incendio: poemas en tres tiempos.* Panamá, 1939

comerse solos el pastel y abusar de la precaria república reciente.

Toda nuestra vida hasta los tratados de 1977 estuvo ocupada por la certeza de que no éramos como ellos y no los queríamos aquí; que nos miraban con desprecio y nos consideraban su patio trasero. Luego de «irse» nos quisieron hacer creer que eran nuestros amigos. Fuerza conjunta, patrullaje compartido para defensas imposibles y, al finalizar los años ochenta, una invasión desproporcionada e injustificable cuyos cadáveres seguimos contando como herida que no cierra. Nos partieron el alma y desataron un monstruo que nos inserta pesadillas, todavía.

Habrá que recoger el corazón del sitio que cayó esa madrugada y coserse una sonrisa para atravesar el muro. Habrá que enterrar ciertos recuerdos allí donde no puedan allanarlos en algún rincón de la memoria y abordar el dolor de otros comienzos².

Creo que esta situación de hoy, sobre todo, toma desprovistos a los más jóvenes. ¿De qué? De paciencia. De templanza. Los de la «población en riesgo» vivimos muchas cosas. Panamá fue siempre el sitio de muchas epidemias:

Consuelo Tomás. Motivos generales. República Dominicana, 1992.

fiebre amarilla, dengue, paludismo, chagas, chikunguña, encefalitis virales, zika, leishmaniasis, y toda una gama de enfermedades producidas por pulgas, garrapatas, piojos. Es el trópico húmedo donde no se entiende cómo prosperó humanidad entre la fetidez de los pantanos y la nube de mosquitos. Naturaleza indómita que, al emerger, unió dos continentes y, al ser partida, unió dos océanos. Fue el lugar de una batalla sanitaria sin precedentes a principios del siglo xx. Sitio de prueba de las investigaciones de franceses, ingleses y cubanos en enfermedades tropicales. Sin esa batalla, no habría Canal de Panamá y, quién sabe, ni un Panamá.

Y bueno, en todo este tiempo de miedo y encierro he estado ocupada con la mente, las manos y el espíritu, lo suficiente como para no dejarme vencer por la incertidumbre.

Como en otros lados, nos quedamos en casa, con días para salir a proveernos de alimento; por género y en horario coincidente con la terminación en el documento de identidad. Perdimos la mitad del rostro y nos lavamos hasta los malos pensamientos. Prohibieron abrazos, besos, algarabía y encuentros. Impusieron una ley seca y ni un vinito para adormecer la pena de perder parientes y amigos sin poder despedirlos. Nuestro país sentado en una economía de «bienes y servicios» mostró sus debilidades y esta se ha ido a pique. Contratos suspendidos, salarios reducidos, niños sin poder ir al parque o a la escuela y aquellos sin acceso a

la tecnología –que son la mayoría en el país– excluidos de las ventajas de educarse. La economía informal paralizada y la gente esperando el subsidio de sobrevivencia.

El encierro para mí no fue tan grave. Con el tiempo y la edad me volví poco sociable y amo estar en casa con libros, perros, plantas y viejos proyectos literarios siempre en construcción. Agradecí el silencio que en este barrio se había perdido. De pequeña me gustaba meterme en iglesias, capillas y catedrales. Hoy me percato de que lo hacía porque en esos lugares hay mucho silencio. Luego descubrí las bibliotecas, que también son silenciosas. Finalmente me quedé con las bibliotecas, y no volví a pisar las iglesias.

Retomé el estudio. Para la pelea que viene en el terreno del pensamiento, habremos de estar preparados. He vuelto a los clásicos, la historia, la filosofía. Al igual que Otoniel, volví a leer con rabia, intención, con insomnio. Tratando de ver si el pasado me ayuda a entender este presente un tanto siniestro.

Otoniel, como leíste en su carta, ha pasado por momentos difíciles y aun así la poesía no lo abandonó ni él a ella. Es uno de esos seres humanos imprescindibles para mí. Curtimos complicidades para que esa belleza no se extinga y no será esta la vez que bajemos los brazos, aunque hayamos estado a punto de hacerlo. A veces la desesperación también nos alcanza, se nos quiebran las alas y el ánimo. Pero si nacimos con esta discapacidad

para el conformismo, con ella llegaremos hasta donde tengamos que llegar.

Resiento no poder ver a las personas que quiero. En este punto todos nos presumimos «asintomáticos». El recelo nos carcome. O la prudencia. Lamento no poder viajar. Amo viajar y es algo que no pude hacer este año. Sobre todo, leer poesía en cualquier rincón del mundo para gente trabajadora y vibrante; esa que hace que todo funcione a costa de un enorme sacrificio. O para niños y jóvenes ávidos de todo.

Vengo de un tiempo en que todo había que hacerlo a mano, a pulmón. El conocimiento era una preciada joya a la que se deseaba tener acceso, con todas las ganas. Hoy las tecnologías facilitan las cosas. Hay aplicaciones digitales hasta para matar moscas. Al toque de un clic lo encuentras todo. Veo a muchos jóvenes perdidos en el hedonismo de las pantallas; en el rechazo del conocimiento, la competencia furiosa por ganar una popularidad global que seguro les dará dinero y notoriedad a costa de lo que sea. Venderán el alma por unos cuántos likes, se burlarán de la desgracia ajena, la filmarán y luego se lucrarán sin compasión. Hoy es difícil distinguir lo verdadero de lo falso, y si no tienes herramientas del pensamiento crítico o, aunque sea, sentido común, serás pasto de lo que Charles Simic llama «la rebelión de las mentes opacas, la era de la ignorancia». Otros jóvenes a duras penas pueden sobrevivir a

la exclusión, la discriminación y el prejuicio. Otros, andan con afán de luchar contra las injusticias, pero con consignas confusas, ira, arrebato sin control, debate sin fundamento. Disparando a un blanco que no pueden ver porque tienen los ojos atravesados de humo y lágrima. Fuego en el pecho, remolinos en la cabeza. Así no se puede. Por eso creo que debemos estar ahí, a corta distancia. Dispuestos a levantar con ellos nuevos edificios sobre las ruinas.

Laura, espero que podamos seguir intercambiando figuritas de este álbum en permanente construcción que es la vida. Acá te dejo un poema dedicado a un gran poeta de Brasil. Tuve el honor de conocerlo. Bajito, nervioso, de mirada fija y contundente. Su poema *Los pobres viajan en autobús* me dejó el alma encogida por muchos días cuando lo leí. Entonces escribí este:

# Los pobres huelen mal

Al Ledo Ivo

Los pobres huelen mal dijo el abuelo sentado entre el tabaco y el asma.

Huelen a tristeza y laberinto dijo la tía sentada en su tejido de olvidos. Huelen a cosa inconclusa grasa imposible ropa de otros dijo la madre sentada sobre el caldo de sus dudas.

Los pobres huelen mal volvió a decir el padre colocando los anteojos de cequera y contra historia.

Huelen a rabia y esperanza contenida dijo el niño afilando su cuchillo de futuro mientras sonreía en los bigotes de su gato<sup>3</sup>.

Un día tomaremos un *cafecinho* con mi *vicinha* de Salvador. Soñemos. En Panamá me tienes a tus órdenes. Cuídate. No dejes que te aplasten el ánimo los amargados de siempre. Abrazos de tinta con lluvia y milagros.

Consuelo.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Consuelo Tomás. *Resistencia al olvido*. El Salvador, 2018.

Carta de **Laura Liuzzi** (Brasil)



a Luis Bravo
(Uruguay)



# Laura Liuzzi

Nació en 1985 en Río de Janeiro. Su primer libro, *Calcanhar*, fue publicado en 2010 por la editorial 7Letras. En 2014 publicó *Desalinho*, bajo el sello brasileño Cosac Naïfy. En 2016 hizo parte del programa principal en la Fiesta Literaria Internacional de Paraty, en el que presentó su último libro: *Coisas*, editado de nuevo por 7Letras. Trabajó como investigadora y asistente de dirección del documentalista Eduardo Coutinho en las películas *Um dia na vida* (2010), *As canções* (2011) y *Últimas conversas* (2015).

Río de Janeiro, 13 de agosto de 2020.

### Querido Luis:

Todavía no nos conocemos, y por eso esta carta es como una mano tendida, un paso que ignora la invención de la frontera –pienso en su poema *Acción*–. Me llamo Laura y vivo en un país llamado Brasil. Yo podría responder al nombre de Manuela o Luisa. O también de Luis. El lugar desde el que te escribo podría haber sido bautizado de forma diferente: Urucuri, Aimon, Nemosia. Los nombres dicen poco acerca de lo que somos, pero terminamos acostumbrándonos a ellos. Son un poco como las fronteras. Definitivos, pero, en el fondo, no muy importantes. En este momento tú ya debes conocer los nombres responsables por la devastación de todo lo que batalla por vivir y crecer.

Ayer estuve pensando en el parentesco de nuestros idiomas y las diferencias entre ellos. Cuando escucho un poema en español, capto poco. Primero, paso por el trabajo de enlazar lo dicho. Luego, de traducir las palabras. Y, después, por último, de devolverlas al poema. Esto toma algunos segundos y, cuando la tarea se ha cumplido, ya una sarta de otras palabras se ha perdido en el aire. No sé si tú estás de acuerdo, pero a mi modo de ver la lectura de poesía no se compagina con el esfuerzo. Todo lo contrario. Lo que no flota, se hunde.

Cuando leo por escrito poemas en español, puedo controlar el tiempo de la duda. Puedo pensar despacio. Puedo dejar que cada palabra se me derrita en la boca. Puedo buscar en Google. No voy a mentir. Así conocí tus poemas: en una ventana, tus versos: en la ventana vecina, la herramienta de idiomas. La invención de la frontera no nos abandona ni en este momento de fluctuación. Aunque las aguas del sur brasileño se mezclen con las de tu país, algo se interrumpe cuando cruzamos de un territorio al otro. Lo que era cadeira se vuelve silla; lo que era garfo se vuelve tenedor; lo que era pegada se vuelve, como aprendí en tu poema, huella. Son palabras muy diferentes y eso contiene alguna belleza. Reconforta, con todo, que amor sea amor de los dos lados de esta línea invisible. Pero, a pesar de todo, las cosas son lo que son, independientes e ignorantes del nombre que les demos. Son siempre diferentes, así los nombres busquen unificarlas.

Y era aquí que yo quería llegar: qué hermosa es la diferencia. La forma como una silla es diferente de otra; el tenedor entre los cubiertos con un diente torcido; una huella en que se imprime toda la silueta del pie y otra con menoscabos, en la que faltan dos dedos; un hijo eléctrico, otro contemplativo; un lado de la nariz redondo, otro ovalado; el dibujo de las hojas de un mismo árbol; el comportamiento del color; el viejo río de Heráclito. Brasil, teniendo en cuenta el tamaño que tiene, debería celebrar la diversidad: son

climas, paisajes, frutas, animales, pueblos, fisionomías, acentos e incluso husos horarios. Sin embargo, siempre ha existido un discurso altamente pernicioso que nos quiere hacer creer que lo que existe es «el brasileño». Este es un modo casi (casi) mañoso de anular las diferencias mediante un esfuerzo de unificación de los pueblos bajo el pesado manto del nacionalismo. En otros parajes ya hemos visto narrativas parecidas y el desenlace no es el mejor.

Las noticias aquí no son alentadoras. Un fuego fabricado devora selvas y campos. Los animales que logran escapar de la muerte tienen que refugiarse en nuevas zonas, algo que los desorienta. Muchas veces terminan en las ciudades. Por estas bandas, confieso, casi nada tiene gran sentido. Casi es necesario, como nos enseñó Benjamin, organizar o pessimismo.

\* \* \*

Río de Janeiro, 01 de septiembre de 2020.

Pasó mucho tiempo sin que te escribiera. De un momento a otro, se supuso que la pandemia había sido erradicada de Brasil, aunque los números no dijeran lo mismo.

Los ruidos se multiplicaron: conversaciones públicas, carros, helicópteros vigilantes, pájaros afligidos. Sigo en mi casa, con mi familia, compuesta por mi compañero,

periodista de política, y mi hijo de dos años y medio, que es el equivalente de una multitud. Es difícil conciliar nuestros trabajos con los cuidados de un niño tan pequeño. Pasamos meses muy difíciles, rayando en la desesperación, a raíz de tantas cosas de las que nos debemos ocupar al mismo tiempo.

Al inicio del año, empecé una maestría en Literatura, Cultura y Contemporaneidad. Volver a estudiar fue un deseo que surgió tan pronto mi hijo nació. Pasé entonces mi primer confinamiento. Pasé los días más largos de mi vida porque esos los viví con la mayor intensidad y con poquísimo tiempo de sueño. El poco espacio y la disposición que tenía se destinaban a pensar en las necesidades básicas de Francisco. Mi compañero viajaba mucho, pues entonces cubría las tristes elecciones presidenciales.

Hago un corte en este punto. Si hay un asunto que no me agrada, para ser muy franca, es la maternidad. Por lo demás, ¿qué tan interesante podrían ser aspectos de mi vida personal y familiar para alguien que no me conoce? ¿Y sí existe una vida personal si llevamos esta impresión al límite?

Una vez oí a Ailton Krenak, un líder indígena, contar que un amigo arquitecto le había preguntado por qué las casas de los indios no tenían muros divisorios. La respuesta fue, como yo lo veo, un jaque mate a toda la noción occidental de civilización: «porque no tenemos nada qué esconder allá adentro». En este sentido, llego a pensar que nuestras

nociones de intimidad, privacidad y propiedad son la causa de nuestra estela violenta en el mundo. ¿Por qué erguimos muros divisorios? ¿Por qué establecemos fronteras? ¿Por qué necesitamos tantas cremalleras, llaves, paredes? ¿Pero de qué sirven esas preguntas, elaboradas dentro de un apartamento, dentro de mi ropa, dentro de una cierta noción de identidad, dentro de una idea de sujeto aún muy atada a los viejos dualismos?

¿Sabe, Luis? A mí me encantaría decir «yo soy tú» –algo en lo que yo, en el fondo magmático del pensamiento, creo-, pero el hecho es que vivimos momentos de importantes afirmaciones identitarias sin las cuales no resulta claro cómo compartir. Sin embargo, en la poesía yo me permito ese movimiento. La primera estrofa de un largo poema en el que trabajo hace aproximadamente tres años trata este asunto:

si percibo una manzana
esta manzana me constituye:
el cable levemente sujetado
la piel roja pintada de pecas
soy yo la manzana ahora que ella
entró en mi mundo soy yo
roja redonda manchada
es mío su interior amarillento
el jugo que suelta la carne esponjosa
las pequeñas semillas escondidas
en sus costillas soy yo
la misma que decide agarrar

con las manos la manzana y sin pelarla, herirla con los dientes, herirme con los dientes y sentir sobre la lengua su carne mi jugo el ruido de su desaparición nuestra frágil eternidad.

Afirmé la falta de interés de mi vida personal, pero me sucedió lo siguiente: mi hijo, que tiene dificultades con el lenguaje, antes de completar dos años de edad, observó una luna creciente en el cielo y, desde entonces, empezó a reconocer la luna en muchos objetos. Antes de esa fase lunar, él todavía no señalaba nada, no hablaba nada, Cuando al fin empezó a mostrar las cosas con el dedo -¡un alivio!-, la luna se convirtió en su xodó, en su pasión. De inmediato esbozó una forma de hablar de ella. Asombroso, ¿no? Algo que solo aparece durante la noche, y solamente si el cielo está despejado, reclama de repente la existencia de un substituto en el lenguaje que le permita mantenerse vivo. Así ocurrió. Él me pedía «la una» y yo me ponía a dibujar el satélite de todos los tamaños, en todas las fases, muchas y muchas veces. A partir de ese momento, ya con el atajo derivado del indicio, él empezó a ver la luna en los objetos de aquí abajo. Mordía un dulce redondo y entonces veía

la luna; agarraba un banano y me enseñaba una luna que podía sujetar con su mano; encontraba entre las sábanas una pestaña perdida, delgadísima, y lo que él veía no era un hilo, un pelo, un garabato. Era una luna.

Esa capacidad de ver en las cosas otras cosas es, creo yo, algo que nosotros, poetas, ejercitamos a través de las metáforas. Tanto que nos reservamos el derecho y la libertad de decir que una cosa es otra y no es idéntica a sí misma. Aun así –y en esto reside, para mí, el mayor encanto– las cosas siguen estando en sus siluetas, no dejan de ser lo que siempre fueron: ellas mismas. Así como yo, así como tú, así como yo soy tú siendo yo misma y tú, a quien aún no conozco –¿o acaso ya un tris en este punto?–, eres Luis y, si quisieras, podrías ser yo. O, como dijo Eliot, de forma impecable: you are the music / while the music lasts.

es más fácil asimilar que si leo un poema de Eliot el poema me constituye y de cierto modo el poema me escribe e incluso puede tener correspondencia conmigo el poema y yo podemos dormir juntos y soñar con sandías porque todo poema tiene una sandía en potencia esperando a ser devorada todo poema tiene todo aquello que no dice o sea: todo.

cuando escribo este poema
o cualquier otro escribo
sobre todo lo que no sé decir
como tú como la teoría de conjuntos
como la invención de las máquinas
de costura como la desaparición
principalmente todo poema
declara nuestra desaparición.

Luis, querido vecino, si todo se encamina hacia la desaparición, es aquí que me despido, si bien con la esperanza de que nuestra conversación siga: entre nosotros, entre las cosas y en movimiento.

Un beso, L.

Carta de **Luis Bravo**(Uruguay)



a Renato Sandoval



#### Luis Bravo

Nació en Montevideo en 1957. Es poeta, performer, ensayista y profesor universitario. Publicó diez libros de poesía, siete discos y dos CD-ROM junto a músicos y videistas en virtud de su poética multimedial. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, portugués, sueco, estonio y farsi. Es autor de ocho libros de ensayo e investigación, fue residente del International Writing Program (2012). En 2018 la Universidad de Notre Dame le otorgó el Shaheen Award por su tesis doctoral.

28 de agosto del año distópico.

#### Querido Renato:

Recién pude leer el artículo que me enviaste, «Recordemos a Xavier Abril, el gran poeta que caminó al lado de César Vallejo y Carlos Oquendo de Amat» publicado por El Comercio de Lima, el quince de julio de 2020. Es que con la emergencia sanitaria doy hartas clases a distancia, y la preparación de materiales es muy demandante. Tu inspiradora crónica me trajo a la memoria la figura de Xavier Abril, que desde ya nos reúne aquí por ser nuestro segundo poeta peruano-uruguayo; el primero es el siempre joven Parrita del Riego, obvio. Parece que estoy viendo al mitológico Xavier en aquella sala de teatro improvisada en la que una profesora amiga, María Luz, se animó a dar un recital de poemas de Federico García Lorca en una era oscura. Fue a inicios de 1980, cuando hacía siete años aquí vivíamos amordazados y sin libertades. El plebiscito que nos pondría en el lento camino hacia la democracia recién se efectuó en noviembre. La forma en que aquella profesora devenida en recitadora de fuste dio voz a los poemas, trajo a la vida al poeta fusilado por la iracundia franquista -incluido el odio homofóbico- e hizo que, al finalizar el espectáculo, un señor mayor se subiera ágilmente al

escenario por la escalerilla frontal y le diera un apretado abrazo a María Luz. Yo. con mis veintidós años -me faltaba un examen para recibirme de profesorito de Literaturasentado en primera fila paré la oreja cuando ella exclamó su nombre v me vino a la mente el libro Hollywood, de 1931. Como buen apasionado de las vanguardias, había hallado un ejemplar de aquel tesoro durante una afortunada incursión en la guarida de usados de Susana Sureda, librería fundada en 1923. No sabía entonces que ese cuádruple libro, junto con La casa de cartón (1928) de Martín Adán, eran fundacionales de la narrativa surrealista latinoamericana. Menos sabía que sus autores habían sido compañeros en el Colegio Alemán, de Lima. Ni que otro compañerito de estos, de apellido germano, Emilio A. Westphalen, había prologado el consagratorio Difícil trabajo (1935) de Abril ¡Tremenda generación de poetas la del treinta! Pues, entre otros, hay que agregar a César Moro y a Carlos Oquendo de Amat. Coincido contigo en que hay un vínculo «en la frase simple y musical» entre Xavier y Carlos; también lo hay en el lenguaje cinematográfico de sus textos. En los 5 metros de poemas (1927) Oquendo fue pionero en incorporar la estructura cinemática en la poesía en lengua española. En ese poemario desplegable como un fuelle de acordeón, cada pieza conforma un collage de caligramas y poemas verbales como si el lector atravesara una cinta de celuloide de veinticuatro cuadros por segundo. En la «Notice» de Hollywood, con humor de veta surreal, Abril anuncia: «los viajes modernos han de llevar a Hollywood –a Los Ángeles o a mi libro– para ver la pura imagen del mundo, la originaria imagen del mundo».

Ahora traigo a cuento episodios significativos de la amistad entre Xavier y Oguendo que fui recolectando, y expongo a tu sapiencia. Cuando en 1923 el huérfano puneño regresa a Lima, pobrísimo y solitario, es Xavier quien lo introduce en el circuito de poetas de esa generación. Y es Xavier quien le presenta a José C. Mariátegui en 1926. Este de inmediato lo integra a las lecturas grupales del que será, de ahí en más, su libro de cabecera, El capital. En carta a Carlos Meneses -me encantaría conseguir su «Tránsito de Oquendo de Amat»-, Xavier cuenta que él y Oquendo, fervientes discípulos ideológicos del moderno amauta, eran además sus más fieles lazarillos. A consecuencia de la anquilosis le habían amputado la pierna izquierda, y ellos lo llevaban en silla de ruedas a la universidad, a exposiciones de pintura, a conciertos y, por supuesto, a los templos del cine, arte del cual los tres eran devotos.

Y por último, la peripecia del destierro político de Oquendo, que con ribetes hollywoodenses es de verdad heroica pero sin final feliz. Todo comenzó con la identificación política que figuraba en el documento que el gobierno de O. Benavides le expidió cuando lo echaron del país. Al recalar en Panamá, rumbo a París, los guardias

del Canal lo consideraron un sedicioso huido de Perú v lo metieron preso. Carlos apeló al contacto de un tal Diógenes de la Rosa, por entonces figura influyente en el municipio de la capital. Ese escritor veinteañero de nombre novelesco -años después sería diplomático- armó un escape cinematográfico. Se apersonó en la cárcel con atildado aire de autoridad y en coche oficial se llevó al poeta. Ayudado por camaradas, Oquendo atravesó por tierra toda América Central hasta México. Cuatro meses después de haber salido de Lima, llegó al puerto francés de La Rochelle. Alguien de la embajada peruana lo vio enfermo, estudió su caso y sus afinidades políticas y le recomendó refugiarse en la España republicana. Al arribar a la estación de trenes de Madrid es Xavier Abril quien lo está esperando. Muy enfermo, será trasladado al mejor sanatorio para tuberculosos en las sierras del Guadarrama, donde en pocas semanas muere.

Sobrevino la caída de la República Española y hasta 1972 no se dio con su tumba. Resulta hoy paradójico que fuera el discurso de Vargas Llosa, «La literatura es fuego», al recibir el Premio Rómulo Gallegos (1967) el que iniciara la resurrección poética de Oquendo: «El fantasma silencioso de Oquendo de Amat, instalado aquí, a mi lado, debe hacernos recordar a todos [...] el destino sombrío que ha sido, que es todavía en tantos casos, el de los creadores en América Latina».

Cuando conocí a Xavier Abril me impresionó su rostro acerado y anguloso. Estaba junto a Sara Costa, pintora uruquaya de quien se enamoró y por quien se quedó en Montevideo desde 1950. Renato, seguramente ya habrás detectado que en el pie de la segunda foto que ilustra tu artículo hay una errata donde dice: «Xavier Abril en su casa en Montevideo, donde vivió hasta su muerte, en 1979». La confusión es que en esa fecha el matrimonio comenzó a vivir allí; pero su muerte ocurrió el primer día, del primer mes, del primer año de la última década del siglo xx. El poeta fue velado en ese apartamento de la calle Barrios Amorín, rodeado de unos pocos amigos y con la presencia virtual de muchos otros en una galería de fotos que su biblioteca albergaba. Si te fijás en esa misma imagen en la que está leyendo un libro de su admirado Vallejo, detrás suyo, a cada lado de su cabeza, hay dos fotos. A su izquierda la de su madre, Amalia de Vivero y Merino; a la derecha, una de José M. Eguren, su mentor y quien lo introdujo en el grupo de Barranco.

En lo personal lo vi por última vez cuando se presentó la reedición de *Difícil trabajo*, en 1986, en el Instituto Italiano de Cultura. Hasta hace poco solía encontrarme con el preciado ejemplar que lleva su firma, pero ahora mi biblioteca se parece cada vez más a la laberíntica guarida de libros de Sureda, y no lo puedo hallar.

Según testimonio de María Luz, el poema que Abril pidió que le recitaran en la víspera de su muerte fue el Romance sonámbulo de García Lorca; el mismo que tanto le había emocionado la noche en que lo conocí: «Verde que te quiero verde. / Verde viento. Verdes ramas. / El barco sobre la mar / y el caballo en la montaña».

\* \* \*

5 de octubre, annus horribilis.

Hola Renato, ¡ya más de un mes desde que escribí la primera parte de esta carta! Solo cambiaré el nombre del mes de la famosa canción para decir: ¿quién me ha robado el mes de setiembre?... ¿Y quién le robó a septiembre la pe que los uruguayos no pronunciamos? Eso me lleva a un recuerdo de la edad escolar. Al empezar la clase un/a alumno/a de túnica blanca y moña azul pasaba al pizarrón para escribir con tiza y esmerada caligrafía: «Hoy es catorce de septiembre de 1963». Acto seguido leíamos la fecha en voz alta y a coro. Un día la maestra dijo que ahora algunas palabras podían escribirse diferente; una de esas era la que para mí es sinónimo de primavera. Pero esta vez desapareció no solo la pe sino todo setiembre. Esto me da pie para contarte lo que vengo pergeñando desde que se decretó la pandemia.

Me inclino a pensar que el pasado trece de marzo –el global 13M20– el eje del tiempo cambió. En ese «desperfecto» hubo energías del futuro que se colaron en nuestro presente. Para decir tal disparate me baso en lo que el físico sir Roger Penrose plantea, y es que desde un aeón previo al big bang es posible que el universo esté recibiendo señales y energías de futuras o paralelas dimensiones temporales. Esas energías, continúa diciendo este premio Nobel, podrían manifestarse en esos puntos poco estudiados que Stephen Hawking detectó en los agujeros negros. En síntesis, siguiendo esta lógica fantástica que los físicos cuánticos explican muy racionalmente, pienso que nos hemos transportado a un aeón desconocido y, que por tanto, esta locura presente radica en que nadie sabe a ciencia cierta en qué espacio-tiempo estamos viviendo.

Por otra parte, coincido con David F. Attenborough en que nos hallamos a un tris de liquidar el precario equilibrio de los códigos ecológicos de la Tierra; la pandemia no es ajena a ese hecho, sino una señal de lo que se avecina si no se actúa con firmeza sobre los mecanismos de la depredación industrial que, solo en el último siglo, arrasó con el setenta y siete por ciento de las áreas salvajes del planeta. El restante veintitrés por ciento grita un sos que pocos parecen escuchar.

Dejando en suspenso el inminente futuro catastrófico, vuelvo a lo único certero que guardo del mes de se(p)tiembre: la carta que me envió desde Río de Janeiro la poeta Laura Liuzzi. Nos «conocimos» gracias a este tragaluz

epistolar que nos puso en contacto. En su carta Laura cita un fragmento de un poema largo en el que se habla de una manzana; en el último verso, dice: «nuestra frágil eternidad». Justas palabras para referir a la insuficiente conciencia de esta civilización humana que ha puesto en jaque el orden de la naturaleza. Aun así, actuamos como si el eco sistema, gravemente herido, tuviera recursos infinitos; y como si los que aquí habitamos fuéramos una especie aparte y más importante que todas las otras, animales y vegetales, del planeta. ¿Acaso por haber inventado a Dios —aun habiéndolo honrado tan poco— nos consideramos inmortales?

Es una noche despejada en el balneario atlántico de San Francisco, en Piriápolis. Releo estos versos de Oquendo: «están lloviendo estrellas/ de los árboles viejos/ que son como violines/ tocados por el viento». Miro al cielo y recito mi *Manto estelar:* 

el cielo allí: liquen de estrellas

rutilante panal orilla láctea simple bordado

espuma de la vid vaso de plata oscuro vino de luna cuenco

noche lánguida descalza diván labrado lentejuelas

el cielo allí: liquen de estrellas

constelados alfabetos dibujan aquí el poema: liquen de estrellas.

Renato, vaya mi abrazo sideral y ¡hasta más ver!

Luis

P. D.: En mi próximo viaje a Lima me gustaría ir juntos a El Ángel, y leer en voz baja el epitafio que reza: «poesía no dice nada: /poesía se está, callada, / escuchando su propia voz». Y que en un chifa, Ricardo Silva-Santisteban nos cuente el derrotero que llevó a ese terceto hasta la tumba del gran Martín Adán.

### Carta de **Renato Sandoval** (Perú)

el le un de la companya de la compan

a Roberta Iannamico (Argentina)



#### Renato Sandoval

Nació en Lima en 1957. Sus últimos libros de poesía son *Nostos / El revés y la fuga* (2000) y *Suzuki Blues* (2006), *Trípode* (2010), *Procémium mortis* (2016) y *Odiario* (2018). Son conocidas sus traducciones de Pavese, Tabucchi, Rilke, Kafka, Södergran, Drummond de Andrade y Sylvia Plath, entre muchas otras. En 2019 recibió el Premio Nacional de Literatura, con mención especial en Poesía. Dirige la editorial Nido de Cuervos y las revistas *Evohé* y *Fórnix*. Además, es director del Festival Internacional de Poesía de Lima (FIPLIMA)

Lima, octubre de 2020.

#### Querida Roberta:

No creo en supersticiones y sin embargo, a fin de que las cosas me resulten, se me antoja que si evito pisar las líneas que marcan las aceras cuando salgo de casa encontraré el verso que me faltaba para terminar un poema remiso; y si por acaso cuento hasta treinta y no aparece un Volkswagen visto desde la ventana de mi encierro, es un hecho que por la noche tendré un sueño agitado, con el profundo temor de levantarme al día siguiente convertido en un monstruoso insecto, tal como le sucedió al pobre Gregor Samsa. Ahora, con esta carta destinada a una escritora argentina a la que quizás no tendré la dicha de conocer en persona, mi temor es que si en doce minutos a partir de ahora -sí, doce minutos- ella no responde al mensaje de autopresentación que le envié por Messenger, no volveré a China donde he vivido con la sospecha de que ahí tendría una mejor vida. Pero, claro, eso no tiene sentido, como no tiene sentido pensar y repensar tantas cosas que revolotean en mi cabeza, sobre todo ese prurito de cuestionar lo que mi mente crea, desarrolla y muere antes de que pueda entender algo de lo que sacude mi cacumen y no me deja en paz. Pero ¿por qué tantas preguntas que nunca tendrán respuestas claras y distintas, como habría dicho Descartes en su escueta soledad, sabiendo

que solo aquellas preguntas que nunca se plantean son las únicas que señalan una posible explicación para tanta orfandad?

Como recordarás, en caso de que te haya llegado mi mensaje antes de los doce minutos mencionados, ya no tendré que esforzarme en hablarte de mí, pues a lo mejor eso ya lo imaginas y percibes a la distancia: yo en Lima, cubierta siempre por una extensa y aburrida nube que impide explayarse la luz solar; tú, en Bahía Blanca, la ciudad a la vez pampeana y patagónica de cara al mar y de espalda a la cordillera, la cual más tarde se hunde, sin complejos, en las heladas aguas del Estrecho; la misma del poeta Jorge Boccanera, del crítico Alberto Zum Felde, del magnífico Manu Ginóbili o del esforzado Eduardo Mallea releyendo La bahía de silencio y Todo verdor perecerá.

Pero si además quisieras saber de mi poesía –que la vivo y no pocas veces me tortura–, si, por azar de la vida, preguntas por mi visión del mundo a través de lo que escribo, en principio, parafraseando a Martín Adán, te respondería: «Vete a mirar el desconcierto y la nada». Pasa que mientras más me pregunto qué es la poesía o qué es la vida, menos entiendo exactamente qué son. Es como San Agustín que decía sobre el tiempo: «Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé». O Einstein, que sabía que la masa y la energía existen, pero que no podía definirlas. De ahí mi vacilación ante lo que palpita, el transcurrir azaroso de las acciones y pasiones, las cosas venturosas o desdichadas que suceden en cada quien, el curso veleidoso que corren los vientos,

el mar de donde proviene v termina lo existente, el metálico aire que recorre sin fronteras por el planeta y que nos da vida y nos la guita cuando le place, la esquividad de las cosas para que alquien las conozca y las reconozca por su primacía sobre el ser humano. Con todo, no sé qué es la piedra, pero la menciono y me tropiezo con ella a cada instante; no sé qué es, por ejemplo, el amor, y sin embargo lo sufro o lo venero; no sé quién es el prójimo que me abraza o me hiere por la espalda, y aun así supongo que debo creer que ello tendrá una razón de ser que yo ignoro. Y, por cierto, nada sé de Dios, sus atributos ni tributos de píos y paganos y, no obstante, con la poesía que ensayo alguna vez he querido desentrañar su misterio, pero eso ha sido en vano, sea porque Él nunca permitirá ser visto o porque la poesía nunca lo podrá alcanzar. Será por ese tema tan inmenso como incierto que pergeñé todo un libro que, literalmente, versaba sobre la divinidad: Procémium mortis -proemio a la muerte-, en circunstancias en que realmente estaba a punto de abandonar estos pagos. Aquí uno de los veinticuatro poemas largos que componen el libro:

XI Dios se halla por encima del ser, necesario, abundante y suficiente él solo para sí mismo

O tan debajo de la infancia de las cosas, o tan derecho o a la zurda de los espejismos tempraneros, o acaso en el relente que solo filtra el lado esquivo de tales cosas, o simplemente en el mismo sitio de un mañana dormitando en la gruta del ayer donde los sueños a viva voz empollan. Apenas

uno y todo lo restante, deglutiendo sin querer como tenia voraz que ni con el dios

mismo se conforma, bolo alimenticio de su ser, enarbolado y flameante entre el extremo de su gula y el cabo tormentoso de la entraña.

#### Nadie

ahogado en la inmundicia.

sabe qué silban los pulmones contraídos ahora que escasea el aire, la noche

abate los alvéolos y la ceguera más pura es la lámpara de aserrín que nos guía por las cavernas del terror y de las miasmas. Frío, solo frío en el tuétano que hacía tiempo dejó de ser insigne, y yo deseando ir más al fondo de ese entrevero, sin grito posible, sin celo, solo miedo en la mente, espanto en el hueso, tremor en las heridas sonriendo burlonas en cada brazo de mi cuerpo, en cada pierna de mi llanto

El pecado era solo ser un corazón incierto, una emoción bajo la alfombra de los sesos desenvueltos, casto y núbil el pavor por no saber de atajos o espigones o por no decir aquí me planto, no va más, es demasiado tanta sombra para tan poco cuerpo. No poder, no pacer, no solazarse en el muñón de lágrimas ni en el semen arrepentido. Nada era ya lo que alguna vez nunca estuvo de acuerdo con el mar envilecido, con el espasmo constante y la vileza de existir en cuerpo propio por ser siempre pecado el solo mirar

la punta del ave en el cielo desportillado, o apenas oler en sueños la sorda melodía de una pena o el rondó de los afectos en lecho sulfuroso. Pero al menos estaba ahí el pasto de siempre donde solía morir con sana envidia, la mano invicta y amorosa que me alentaba a seguir la trocha

y guiaba mi ruta en suma noche plañidera, el beso de sol, la nieve virgen y primorosa donde mis huellas fueron siempre su razón de estar ahí sin asomarse ya a ningún otro lado. Y, sin embargo, yo me iba y me iba, las órbitas

habían volado ya a otras constelaciones y la mirada era apenas un gesto de ocasión, una muestra de desaliento, un errático saber de fata morganas o exorcismos que ya no encuentran el vertedero.

#### Así

lo habías prescrito, Señor; mi yo desordenado era ya mi propia ruina y mi único castigo. Sin saña ni fiebre entonces, apenas la condena de herirme más cada día por aún no estar curado. Para ello eras pues necesario, aunque inútil, excesivo pero escaso, suficiente y no obstante nulo, porque fui yo el mismo de ayer, hoy y nunca, mientras el aire se me iba y el amor se hacía sueño.

Ah, las blancas colinas del verano

se yerguen ahora que los hielos han hecho en mi sangre su morada. Ya te veo en mí o yo en ti, atragantado en buena ley y a tientas voy buscándote por la pendiente de esta noche en retirada. Tampoco importa que nadie más lo entienda; solo tú y yo sabemos lo que importa. Aun así,

goce también aquel que no entienda nada. Que, así prefiriéndolo, te encuentre

sin encontrarte o que, encontrándote, mejor por fin no te encuentre.

En esas cosas pienso. Y pienso en el lenguaje: sin él no habría pensamiento y ese pensamiento lo define a uno como ser que pregunta. Esto sin percatarse de que ese lenguaje es ambiguo, débil, limitado, por lo que su producto –el pensamiento– es por fuerza también ambiguo, débil, limitado. Y eso que si lo ponemos en relación con la Poesía, todo se complica o tal vez se enriquece. Aquí algunas reflexiones al respecto:

- Si sin el lenguaje no existe filosofía, sin filosofía no existiría
   -buena- poesía, que es significar más de lo que plantea y
   aclara la filosofía, pues dice más de lo dicho, pero también
   calla lo que acaso nunca se podrá decir con la filosofía, es
   decir, con el lenguaje... o sin él.
- Es bueno que cada cierto tiempo la poesía cuestione y ponga en jaque el lenguaje –que la sostiene y a veces también la desvirtúa–, pero que se dedique principalmente a esa tarea termina siendo una parodia de sí misma, además de reiterativa, narcisista, pronto previsible y, al final de cuentas, ociosa y del todo aburrida.
- La imagen de Dios es desarmante y enloquece a cualquiera que lo pretenda definir, hasta por sus peores atributos; de ahí la absoluta ilogicidad de las «letanías». Estas son como un mantra que, repetido ene veces, deberían llevarlo a uno a la revelación, a la iluminación o hasta la epifanía o al nirvana. Solo que en este caso tal tentativa está condenada de antemano al fracaso. Todo esto es producto de una inteligencia (¿?) que no da luz ni vida, sino que

- genera sombra y mata. Lo que me mueve es una inmarcesible nostalgia del dios huido dentro de mí –o yo extraviado en él–.
- Todo es uno, tan simplemente eso. Nuestra mente lo descompone para a duras penas entenderlo, procesarlo y luego re-presentarlo. La poesía verdadera es el asesinato de esa mente para volver a percibir la unidad en todo su esplendor.
- · «Yon» o el origen de las lenguas exclamadas. Con una mezcla de sorpresa y estupor, leo que el lingüista georgiano Nikolái Yákovlevich Marr (1864-1934) postulaba y defendía con ardor que el origen de todos los idiomas partía de cuatro exclamaciones, a saber, 'sal', 'ber', 'yon' y 'rosh'. Por añadidura, propuso la teoría monogenética de las lenguas caucásicas, las cuales tendrían como hermanos al vasco y al etrusco –este aún sin ser descifrado–. A estas las incluyó en lo que él denominó «familia jafética» –por Jafet, hijo de Noé, y hermano de Caín y Sem-porque las consideraba emparentadas con las lenguas semíticas -de Sem-. Todo esto mientras en sus ratos libres se daba maña para excavar Ani, la antiqua capital de Armenia, su patria adoptiva. Tanta erudita especulación, tanto entusiasmo por hurgar en los supuestos orígenes del lenguaje hacen sinceramente que me emocione como un niño ante un helado de frambuesa y que quiera renunciar a cualquier saber, moda, placer o tradición para descubrir mi propia exclamación y así poder presenciar el nacimiento de mi propio origen.

- · Cabeza sorda. En ruso 'sordera' se dice 'glujote'; y, así leo en un diccionario, en armenio 'cabeza' se dice 'qluj'; ambas palabras, según N. Y. Marr, tendrían la misma raíz, cuya historia desde una perspectiva jafética -de ese modo la refiere Mandelstam- es como sique: «Ver y oír y comprender: todos estos significados se fundían al principio de los tiempos en un solo haz semántico. En los estudios más lejanos del habla no existían conceptos, solo orientaciones, miedos y deseos, solo necesidades y temores. El concepto 'cabeza' fue modelado por decenas de miles de años a partir de un haz de nebulosidades, y la sordera se fue convirtiendo en un símbolo». Ante tal hipótesis y por si la intuición de Marr no estaba errada, ahora prefiero entender que mis sempiternas migrañas se deben no tanto a que por momentos creo estar volviéndome sordo, sino más bien porque poco a poco ya no quiero ver, oír ni entender las barbaridades que suceden en mi entorno.
- Rubik (1). La poesía es como el cubo de Rubik: única y llana en cada una de sus seis lados antes de empezar a jugar con él y nunca ganarle.
- · Rubik (2). Así es, la poesía es al cubo de Rubik, antes de empezar a retorcerlo, estrujarlo, estrangularlo, ordenada, sólida, segura y armónica en toda su composición, como un cuadro de Mondrian. Los poemas, más bien, son al cubo puesto por fin en movimiento, caóticos, abigarrados, extraviados, angustiados, arrojados al horror de su

- propia individualidad que difícilmente volverá a su estado de magnificencia, equilibrio e inmutabilidad originales.
- Роема (1): Silencio disfrazado de palabras. Роета: mísero sabio de a pie que no sabe estarse callado.
- · Роема (2): Rayo del tiempo. Verso: fisura del mismo.
- · Báscula de la vida. Los antiguos egipcios ponían el corazón de sus muertos en una balanza para compararlo con la pluma de la verdad del dios Maat, lo que permitía saber qué tan buena había sido la vida de cada uno de sus exdueños. Sin embargo, ¿qué hay cuando el corazón, aún con vida, ya no late, ni tiembla ni mucho menos vuela, y aun menos que el vacío de la Verdad, que desde siempre tercamente permanece callada?
- Hoy es hoy otra vez y las palabras se suceden a velocidad vertiginosa en mi mente. Estoy vivo, exclamo, luego de haber superado la inconciencia de la noche, de la cual no tengo ningún recuerdo. Con las horas, no obstante, la sucesión de tantas palabras es solo asfixiante tumulto, angustia y desconcierto, por lo que no veo cuándo se acabe el día para sumergirme, una vez más, en el amnios del sueño y en la penumbra más pueril y más arcana.
- Con o sin lenguaje, me levanto para luchar contra la vida;
   me acuesto para que me gane la muerte.

Como puedes imaginarte, distante e imaginada Roberta, con tantas divagaciones mías ya han pasado sobradamente

los doce minutos temidos, y no he sabido aún de ti –¡qué pretensión la mía!–; entonces debo pensar que ya no volveré a China. Eso debería ser algo malo, por eso de la superstición agazapada en mi mente pensadora; pero a lo mejor esta vez los dioses de la poesía me dan la sorpresa y, aunque no vuelva a las antípodas, alguien responderá positivamente –¿acaso tú?– el siguiente aviso que pondré el lunes en el diario: SE BUSCA MUJER MANDELSTAMIANA.

Y ahora me explico: leo de Osip Mandelstam lo siguiente: «No sé cómo será para los demás, pero para mí el encanto de una mujer aumenta si es una joven viajera que ha dormido cinco días sobre el banco duro de un tren de Tashkent durante una expedición científica, domina el latín de Linneo, tiene su propia opinión en la polémica entre partidarios de Lamarck y los de la epigenética, y no es indiferente a la soya, al algodón y a la achicoria». Yo, por mi parte, humildemente, me conformaría con que ella supiera, sin buscar en el Google, cuándo florecen mejor los endrinos, cuánto se aman u odian los protones y neutrones y, entre otras inquietudes, descifrar para mí, en sueños, el rongo-rongo de Rapa Nui o, mejor aún, la inextricable escritura lineal A de Creta.

Lo mejor para ti, Roberta; hasta algún sueño venidero, que no sea demasiado agitado...

Renato

# Carta de Roberta lannamico (Argentina)

E LEVIL

a Rómulo Bustos (Colombia)



#### Roberta Jannamico

Nació en Bahía Blanca en 1972. Se considera principalmente poeta, más que narradora, aunque ha escrito literatura infantil y libros educativos. Entre sus títulos publicados se encuentran *Mamushkas* (1999), *Muchos poemas* (2008) y *Saltar soga en la noche* (2019). Es cantautora en el dúo Las Kostureras y codirige la Editorial Maravilla, que en 2017 fue premiada en el Concurso de Proyectos Editoriales del Fondo Nacional de las Artes de Argentina.

Villa Ventana, casi primavera del 2020.

#### Querido Rómulo:

Casi comenzaba el otoño por acá cuando empezó la pandemia, y ya casi está llegando la primavera. Larga, larga cuarentena. Por mi ventana se ven pastos, árboles que mueve el viento, bastante viento hoy pero luz primaveral ya, a la que somos tan fotosensibles como las plantas, creo.

No es la primera vez que le escribo a alguien que no conozco. También lo hice cuando iba a la secundaria, me escribí durante más de dos años con un preso a través de una profesora que trabajaba también en la cárcel, Rosa Inés, que mi correspondiente llamaba Miguel Strogoff, correo del zar. Fue una amistad epistolar, tengo una caja con esas cartas que nunca más volví a ver. Ahora pienso si será este el momento...

La humanidad entre paréntesis ya medio año y creo que será más y más largo, como para que entren también las cosas que quedaban fuera del relato. Hasta raspar el tarro.

Me acuerdo al principio, cuando fue un detenerse del mundo humano y todas las personas en sus casas —quienes las tenían—. Ahí me dio por pensar en la tristísima vida de los presos y las presas, en tanta gente encerrada injustamente, en lo que puede ser ver el cielo desde una prisión. Ahí va tu barrilete por el cielo de los murciélagos, Rómulo, la naturaleza ha copado el planeta, osos panda en ala delta, las hormigas son el tránsito más pesado, los peces eran millones bailando en aguas cristalinas, los ciervitos cruzaban por las avenidas, familias extendidas de erizos por los barrios, el agujero de la capa de ozono se vuelve a cerrar ¡plop! como una burbuja que se rehace luego de explotar. Y en el mundo humano noticias de muerte, un aire de muerte, la mismísima muerte y la tristeza de quienes se quedan sin su gente.

Por esos días escribí esta canción:

por un pedacito de cielo que vi por ese agujero me volé dije este pozo no es mi calabozo es el carozo del que creceré

qué nos deparará este otoño que todavía parece verano y sin embargo es invierno prematuro útero interior

calles vacías, casas con familias los solos más solos que siempre pantallas ardiendo en mensajes nos comunicamos por el aire por un pedacito de cielo que vi por ese agujero me volé dije este pozo no es mi calabozo es el carozo del que creceré

prendidas las teles, apagados los carteles los autos estacionados doctores preparándose para asistir hospitales improvisados

que venga el silencio de motores que se apagan que el sol desparrame su misterio como palabra de esperanza

por un pedacito de cielo que vi por ese agujero me volé dije este pozo no es mi calabozo es el carozo del que creceré

Era como una crónica de lo que pasaba en ese momento, ahora es bastante peor. De la canción me quedé solo con el estribillo. Y una amiga con la que intentamos hacer canciones compartidas a través de WhatsApp -bellos proyectos de estos tiempos- le mejoró la melodía, la vamos a llevar para otro lado, sacar de la crónica fatalista que, además, ya fue superada y empeorada.

¿Cómo la llevás, Rómulo, en el año de la hiperconexión tecnológica? Pantallas, pantallas, pantallas, pantallas.

Pero qué genio el que se imaginó, con la sola existencia de la tele en blanco y negro, que el mundo iba a ser así ¿no? Clases de la universidad, de la escuela, de danza, de acuarelas, de origami, de lo que quieras, seminarios, conferencias; la pantalla llena de caritas, lecturas de poesía, reuniones de trabajo, videollamadas, la familia, los amigos y amigas, que aunque hace mucho que no veías justo ahora empezás a extrañar. Buenas noticias entre tantas malas, señor Orwell: pasa el amor por los pixeles luminosos, pueden pasar el arte y las ideas buenas por el cable óptico.

Eso que siempre dicen de las crisis, que son oportunidad. Eso que siempre dicen del dolor, que es aprendizaje ¡que lo sea! En la vida de cada quien y también a nivel universal. Que de una vez se vea lo absurdo y cruel de que haya acumulación de riqueza a la par que pobreza, y se actúe ahí, se corrija de una vez ese error horror.

Empieza a circular la palabra *cuidar*. Cuando hablan de colapsar el sistema de salud se refieren a no poder darles a las personas el cuidado que merecen en los hospitales, que son máquinas de cuidar, con médicos, médicas, enfermeros y enfermeras desplegando al máximo su energía cuidadora, curatoria. Me pongo a pensar que antes también había descuidados y descuidadas, y en la posibilidad de que la ley y los hechos dieran un vuelco hacia ese ideal, el de cuidar, el de la justicia social mundial. Ese es mi delirio idealista, Rómulo, como a algunas otras personas les da por la distopía.

En cuanto a la literatura, es una balsa que se agranda según la demanda.

Al principio la gente escribía: día tres de la cuarentena, día catorce de la cuarentena, día treinta y seis, día setenta y dos... me pregunto si alguien seguirá haciéndolo o si solo tendremos los diarios de esa primera etapa; si quienes perdieron la cuenta se lanzaron a la aventura de ser poetas del presente.

Otra alegría literaria en plena pandemia: la revolución de los PDF, el paraíso para lectores, ¡ahhhhhh, qué felicidad! Bibliotecas virtuales colaborativas con libros alucinantes accesibles gratuitamente en la red en la que vivimos como pescados boqueantes a veces, pero otras logramos sacar núcleo y manitos como las células, conectarnos como comunidad y en lo interpersonal y ser un tejido de los más resistentes. En la no tan pequeña comunidad lectora, fue así con el asunto de los PDF, era un puro dar y agradecer, poner lo propio a disposición de los demás.

Mi pueblo volvió a ser silencioso. El silencio es ahora la red en la que bailan las copas de los árboles. Se puso muy ventosa la tarde. Mis hijas, que estudiaban en Buenos Aires, vinieron a pasarla acá. Inesperadamente la familia completa se reúne en convivencia este año. Aprendemos de los hijos y las hijas la armonía, la aceptación, la libertad interior, el altruismo. Eso también recordaré del

veinte veinte, además del tema de la peste, el planeta entero bajo el influjo de la peste. Me hace acordar de una frase de Borges que repetíamos de jóvenes, casi siempre en broma: «no nos une el amor sino el espanto, será por eso que te quiero tanto».

Escribo *unión* y pienso en Latinoamérica y en estas cartas que entre poetas nos mandamos contándonos cosas de la vida y también de la poesía en la que nos hallamos confinados/as y liberados/as por el gusto de comprender por esa vía, por diversión de entrar en esa dimensión.

Y qué te digo, Rómulo, que el viento de la tarde no venía solo y que en el momento en que estoy terminando esta carta, más larga que esperanza de pobre, se desata una tormenta, por lo que me meto en mi casa justo cuando se corta la electricidad –habrá caído un rayo en la central–.

Entonces fue que abrí la caja de las cartas, abrí la bolsa, salió aire guardado hace treinta años, abrí cada sobre, desplegué y leí cada hoja, cada papelito, dibujos, cuentos, poemas, tarjetas. Lloro. Sus mensajes son para hoy. Me llenan de tristeza y de dulzura el corazón. Ese amigo que yo veía a mis diecisiete como un señor mayor tenía en ese entonces veintitrés años. Estaba encerrado. Ay, esto que pasa por mí y drena en lágrimas no me permite escribir más. Solo pensar en el valor de las cartas, de la escritura, de la comunicación entre personas.

Espero que te encuentres bien, vos y tu gente. Y que el mundo cambie para bien, eso también. Te mando un abrazo hecho de letras, palabras, que bien sabemos que abrazan.

Roberta

P. D.: te comparto acá una gota de ese mar de cartas con mensajes en botellas. Una gota salada y emocional, azul profundo que a veces fluye en la tinta de algunas lapiceras:

> Vas a encontrar que soy un tanto delirado, que las ideas para mí no son más que escalones de una escalera infinita a los que llego saltando.

> Siempre que escribo me desengancho así, me dejo llevar sin importar el rumbo que tomen las palabras, las ideas, y los sentimientos fluyen libremente y es así como los imprimo.

> Esto sucede porque estoy hace demasiado tiempo escondido en mí, demasiado tiempo sin ver el sol que quiero ver, demasiado guardando cosas en el corazón sin tener a quién brindárselas. Es por eso que cuando escribo pierdo hasta el último atisbo de careta que me queda, siento que me pongo en contacto con el universo todo. Es en esos momentos que pienso que soy capaz de hacer vibrar cada átomo del cosmos, que mi mensaje puede llegar, puede llegar a lo más íntimo de cada uno de aquellos que lo reciben.

El tiempo aquí dentro ha perdido la razón, los planetas han cruzado las esferas, nuevas estrellas se han hecho presentes en la noche de los tiempos, el sol ha sido asesinado en incontables ocasos y resucitado en otras tantas auroras, los relojes de arena han visto partirse sus cristales, las semillas han sido árboles que han muerto para volver a ser semillas, en definitiva, el tiempo ha envejecido y yo me he quedado sin poder verlo, me he quedado muerto y enterrado en esta atroz tumba colectiva.

Me he llenado de sueños titánicos que han roto los muros que me contenían, me he deshecho de las ataduras y he dejado que mi espíritu me abandone para lanzarse a correr lejos de aquí. Se ha alejado hacia el infinito y he podido sentir cómo rugía el viento, he podido gritar, de esa manera y pese al medio he creado la forma definitiva de mi mensaje, decidiendo que no importa nada más que el sentimiento.

Preparate, son las doce de la noche, por el pasillo del pabellón en que vivo todavía suenan los ruidos de los candados cerrándose y estoy decidido a escribir hasta que me duerma.

Estoy decidido a ser feliz, a morirme de cara al sol como dice Martí

#### La ilustradora

#### Amalia Restrepo Aguirre

Nació en Medellín en 1991. Es maestra en Ilustración del Savannah College of Art and Design. Su trabajo abarca ilustración editorial y de moda y ha sido publicado en Estados Unidos, España, Australia, Alemania, México, entre otros países. Ha ganado premios como The Brightness Award (2019), The A' Design Award (2019), Red Dot Communication Award (2017) y El Perro de Plata (2017). En 2016 publicó su libro La bicicleta; su trabajo también hizo parte de los libros The Epic Gallery: Um Hong Gil (2020) y País de los sueños (2016), del videoclip Giraluna, girasol (2016) y el cortometraje Dreamsheep (2018).

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2020 en papel Earth Pact, elaborado a partir de la caña de azúcar.

Medellín, Colombia.











Las especies retratadas en este libro recorren todos los años diferentes rutas de migración a lo largo de todo el continente. Sin importar las fronteras, solo guiados por la necesidad de supervivencia, atraviesan oceános, selvas, bosques y llanuras, multiplicando y extendiendo la biodiversidad de nuestro territorio.



Las especies retratadas en este libro recorren todos los años diferentes rutas de migración a lo largo de todo el continente. Sin importar las fronteras, solo guiados por la necesidad de supervivencia, atraviesan oceános, selvas, bosques y llanuras, multiplicando y extendiendo la biodiversidad de nuestro territorio.

## Latinoamérica

cuenta 2020

Rómulo Bustos (Colombia)

Frank Báez (República Dominicana) · Sara Uribe (México)
Gladys González (Chile) · Otoniel Guevara (El Salvador)
Consuelo Tomás (Panamá) · Laura Liuzzi (Brasil)
Luis Bravo (Uruguay) · Renato Sandoval (Perú)
Roberta Iannamico (Argentina)

Ilustraciones de Amalia Restrepo Aguirre







## Latinoamérica

#### cuenta 2020

Latinoamérica cuenta, 2020 es un libro único dentro de esta colección, a diferencia de los anteriores no se concentra en un solo país: presenta una correspondencia entre poetas de distintas nacionalidades latinoamericanas en el marco de la actual pandemia. Desde el corazón, y compuesto por historias de la vida cotidiana, va tejiendo una red de palabras que, como abrazos, hablan de esta parte del mundo.

El primero le escribe al segundo, el segundo al tercero y así hasta regresar al punto de partida. A cada uno le llegó su momento para expresarse y algunos retomaron fragmentos de los otros; algo así como una reunión donde todos participan por igual y el único protagonista es la conversación que acerca, que une.

Diez cartas que viajan a diez países donde está el Grupo SURA. Ojalá pronto y por iniciativa de los lectores esta correspondencia se multiplique y dé cuenta de una región reconocida por su hermandad.